



Obras escogidas

Marco Aurelio Denegri

Esmórgasbord



Universidad
Inca Garcilaso de la Vega

Nuevos Tiempos. Nuevas Ideas
FONDO EDITORIAL

Marco Aurelio Denegri

Esmórgasbord

Esmórgasbord

Serie: Obras escogidas / Humanidades

Marco Aurelio Denegri

Esmórgasbord



Universidad
Inca Garcilaso de la Vega

Nuevos Tiempos. Nuevas Ideas

FONDO EDITORIAL

FICHA TÉCNICA

Título:	<i>Esmórgasbord</i>
Autor:	Marco Aurelio Denegri
Serie:	Obras escogidas / Humanidades
Código:	HUM - 002-2011
Editorial:	Fondo Editorial de la UIGV
Formato:	140 mm X 220 mm 274 pp.
Impresión:	Offset y encuadernación en rústica
Soporte:	Cubierta: folcote calibre 14 Sobrecubierta: couché de 200 gr Interiores: bond avena de 80 gr : ilustraciones full color
Publicado:	Lima, Perú. Junio de 2015
Tiraje:	600 ejemplares
Edición:	Segunda

UNIVERSIDAD INCA GARCILASO DE LA VEGA

Rector: Luis Cervantes Liñán

Vicerrector Académico: Jorge Lazo Manrique

Vicerrector de Investigación y Posgrado: Juan Carlos Córdova Palacios

Jefe del Fondo Editorial: Fernando Hurtado Ganoza

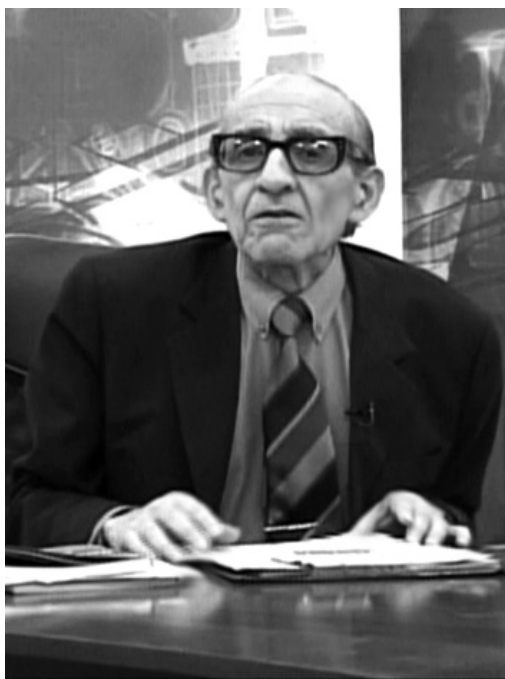
© UNIVERSIDAD INCA GARCILASO DE LA VEGA
Av. Arequipa 1841 - Lince / Teléf.: 471-1919
www.uigv.edu.pe

FONDO EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD INCA GARCILASO DE LA VEGA
Jr. Luis N. Sáenz 557 - Jesús María / Teléf.: 461-2745 Anexo: 3712

Carátula: sabido es que las representaciones fálicas
resguardan de daños y peligros y evitan las desgracias.
Pues bien: como el lápiz labial es fálico,
hemos puesto seis para sextuplicar la defensa.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin autorización escrita de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-17104
ISBN. 978-612-4050-28-2



Marco Aurelio Denegri

Índice

Presentación del Fondo Editorial	13
Esmórgasbord	15
I. La pasión de la incabalidad	17
II. ¿Siempre nos hemos aburrido?	23
III. Remembranzas del Ochocientos	39
IV. Fetichismo	47
V. El mayor mal de los males	59
VI. «Irezumi»	61
VII. El único vicio saludable	69
VIII. Semántica de la identidad	83
IX. El raje	89
X. Falo y depresión	93
XI. Anécdota dictatorial	95
XII. Grandeza y tamaño	97
XIII. Poquedad	99
XIV. Potencia y poder	103
XV. Prostitución masculina: el coitotécnico	115
XVI. El catoblepas y la rata blanca emigrante	117

XVII.	Sismo telúrico y sismo orgásmico	121
XVIII.	Marcas sexuales mundiales	123
XIX.	La homosexualidad de Tchaikovski	129
XX.	Los cimientos de la mentirocracia sexual	135
XXI.	La imposibilidad de que la caridad sea un mandamiento	143
XXII.	La democracia es un futurible	155
XXIII.	La cultura no es regalable	163
XXIV.	Cómo se valora la dación de cultura en el Perú	167
XXV.	El maestro	169
XXVI.	Auge culinario y cenacularismo gastronómico	173
XXVII.	Resultados de una investigación sobre el nabo encurtido	179
XXVIII.	Noticias acerca del tenedor	181
XXIX.	Videocracia, despotenciación sexual y repotenciación pornográfica	185
XXX.	Matar cucarachas pulverizándolas con insecticida	187
XXXI.	Manos de dictadores, manos inútiles y dos casos extrapolíticos de belleza manual	189
XXXII.	Casos de desafecto musical: Mariátegui, Freud, González Prada y Toynbee	191

XXXIII.	Magritte y la visión de las cosas	195
XXXIV.	La decapitación del cadáver de Goya y otros asuntos goyescos	199
XXXV.	La vida	211
XXXVI.	Infiguración mediática del homosexual activo y de la lesbiana, con un exordio concerniente a la penicilina del silencio	217
XXXVII.	El amor no es consecución, meta ni fin	221
XXXVIII.	El cuarto Conde de Chesterfield, epistológrafo	225
XXXIX.	«Podemos librarnos de una neurosis, pero...»	229
XL.	Cuando los grandes creadores ordenan la destrucción de sus propias obras	231
XLI.	El Leteo y el Nepente	235
XLII.	Cuestiones éticas	241
XLIII.	Desnudez krishnamurtiana y patencia confesional de Eielson; además, lectura crítica del libro “Ceremonia Comentada”	247

Presentación del Fondo Editorial

Con los libros de Marco Aurelio Denegri me ocurre que leyéndolos corrijo lo que sabía mal o sabía a medias y aprendo lo que de hecho ignoraba. Por ejemplo, yo desconocía el hecho de que el aburrimiento es un fenómeno del siglo XIX y suponía, como tantísima gente, que siempre nos habíamos aburrido. Falso. Léase sobre el particular el segundo capítulo de *Esmórgasbord* y se conocerán las razones de dicha falsedad.

También me pareció de lo más interesante la demostración de que es imposible cumplir el mandamiento de la caridad. Yo suponía ingenuamente que se podía cumplir, pero la verdad es que no se puede, ni siquiera haciendo los mayores esfuerzos.

Y en cuanto a la decapitación de cadáveres, creo que todos ignorábamos que el cadáver de Goya había sido decapitado. Tampoco sabíamos que Tchaikowski era homosexual y que el terrible Jefe de la Gestapo, Heinrich Himmler, tenía las manos finas.

En resumen, *Esmórgasbord* es un libro muy informativo y ameno y de lectura obligatoria.

FERNANDO HURTADO GANOZA
JEFE DEL FONDO EDITORIAL

Esmórgasbord

Esmórgasbord es castellanización del sueco *smörgåsbord*; de *smörgås*, emparedado o *sandwich* descubierto, esto es, *open sandwich*, puesto que no tiene la rebanada de pan que el *sandwich* suele llevar encima, y *bord*, mesa.

El sueco *smörgåsbord* significa lo que el francés *buffet*, vale decir, viandas o manjares fríos o calientes, entremeses, platillos, aperitivos y bocaditos que se ponen sobre la mesa, o según la Academia, «*con que se cubre de una vez la mesa*», redacción singular en que juzgo sobrante la locución adverbial *de una vez*. (Cf. RAE, *Diccionario*, **s.v.** «Bufé».)

En sentido figurado, *esmórgasbord* equivale a *miscelánea*.

I

La pasión de la incabalidad

Michel Crozier, en su libro *La Fabricación de Hombres*, incluye un capítulo titulado «La pasión de la normalidad». Pues de la misma manera, cuando estudiamos ciertos hechos y personajes históricos, sentimos que nos asiste el derecho, al ir comprobando lo que comprobamos, de hablar de una *pasión de la incabalidad* y de un *ánimo deformante* o *alterante*.

Los hechos y los personajes se nos presentan alterados, recortados, incompletos, razón por la cual habremos de oponer la pasión contraria y correctiva del completamiento; nuestro espíritu será entonces el de la *des-alteración*, y nuestro ánimo, ánimo *in-desfigurante*. Sólo así podremos tener de tales hechos y personajes una imagen más real, menos deforme.

Naturalmente que las desfiguraciones no son privativas de los siglos idos. Ocurren en nuestros días, o como si dijéramos, en nuestras propias narices. Ocurren *hic et nunc*, y además *hic et ubique*.

Ahora bien: los testimonios que nos han llegado de lo antiguo, ¿qué fe nos merecen? Quiero decir, ¿en qué medida, mayor o menor, desfiguran la realidad a que se refieren? Parificaré el punto.

La auténtica enseñanza de Jesús no le sobrevivió

El doctísimo Charles Guignebert, autor de un estudio capital sobre Jesús, después de examinar a fondo los Evangelios, llega a la conclusión de que constituyen fuente insegura cuya redacción actual, que no es la original, está plagada de alteraciones.

Un examen atento y riguroso de los Sinópticos lleva a la inquietante comprobación *«de que tal vez ni un solo relato se encuentra en su lugar ni es realmente exacto»*.

Aún más: la auténtica enseñanza de Jesús no le sobrevivió; y si bien es cierto que el cristianismo procede de él, ya que la nueva religión se organizó en torno a su persona y por su actuación pública, no fue él quien la fundó. *«Ni siquiera pudo sospecharlo»*, dice Guignebert. Y agrega:

«Nos queda la verdad que la religión cristiana no es la religión que henchía el ser entero de Jesús, que él ni la adivinaba ni la quiso. Fue, como acertadamente dice Wellhausen, el entusiasmo el que engendró el cristianismo; pero fue el entusiasmo de los discípulos, no el de Jesús.» (Guignebert, Jesús, 474.)

Jesús no pretendió ni quiso fundar una Iglesia

En otra de sus obras, publicada por el Fondo de Cultura Económica y que se titula *El Cristianismo Antiguo*, Guignebert se expresa como sigue en el octavo capítulo:

«Cristo no fundó ni deseó la Iglesia; ésta es, quizá, la verdad más segura que se impone a todo aquel que estudie los textos evangélicos sin una opinión preconcebida; y hablando francamente, la suposición contraria configura históricamente un absurdo; y todo el ingenio que despliegan al respecto los teólogos es inútil.»

*«Jamás los textos evangélicos ponen en boca de Jesús la expresión **mi Iglesia**, o **la Iglesia de mi Padre**, excepto en un solo pasaje, en el que leemos: ‘**Tú eres Pedro** [que quiere decir piedra] y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, [...]’ (Mateo, 16:18-19.) Pero la autenticidad de esta frase célebre, explotada cual ninguna, parece ser absolutamente insostenible, salvo que se admita que Cristo, en una hora de extravío profético, haya podido renegar de su enseñanza, de su obra, de su misión y hasta de sí mismo.»*

Pero aunque Jesús no pretendió ni quiso fundar una Iglesia, sus seguidores terminaron fundándola; y la Iglesia fundada hubo de crecer señaladamente, progresando de lo lindo, y también se creció, esto es, tomó mayor autoridad, importancia y atrevimiento. En suma, llegó a ser poderosísima.

Hoy ya no es ni la sombra de lo que fue; hoy es recuerdo el apogeo e inevitable molestia la marchitez. Que la pobre está bien ajada y con mil y una averías lo evidenció muy recientemente el hecho de que reconociera, mal de su grado, *al cabo de ciento treinta y siete años*, que Darwin tenía razón. ¡Venirnos la Iglesia, después de tantísimo tiempo, con semejante reconocimiento! ¡El acabose! La noticia del reconocimiento provocó, como era de esperarse, una estruendosa carcajada en toda la comunidad científica internacional.

Schopenhauer, que profesaba desafecto a la Iglesia Católica, se expresó así de ella:

«La Iglesia Católica es una institución para mendigar el cielo, que por lo demás sería demasiado incómodo merecer; y los curas son los intermediarios de esa mendicidad.»

La cimentación dogmática de la Iglesia Católica

Los cimientos de la Iglesia Católica se llaman dogmas. Un dogma es una verdad revelada por Dios y propuesta como tal por el Magisterio de la Iglesia a los fieles con la obligación de creer en ella. El dogma es una verdad divina, inmutable e innegable.

Negar un dogma equivale a cometer una herejía. Mientras la negación se mantenga en la interioridad de uno, inmanifiesta, sin ninguna publicación, constituye, según nos dicen los teólogos, el pecado de herejía; pero cuando se comunica a otros, cuando se publica, entonces ya no es el simple *pecado de herejía*, que por cierto es pecado grave, sino el *delito de herejía*, que es pecado gravísimo.

Índole constitucional de la Iglesia y potestad jurisdiccional del Vicediós

Además de la cimentación dogmática de la Iglesia Católica, hay que tener así mismo en cuenta su índole constitucional y la potestad jurisdiccional del Sumo Pontífice o Vicediós.

La constitución de la Iglesia es *monárquica absoluta*. De ahí que la autoridad jurisdiccional del Papa sea:

- 1) *suprema*, es decir, inapelable;
- 2) *plena*, esto es, sin limitación;
- 3) *episcopal*, por cuanto el Romano Pontífice es el Pastor y Obispo de todos los fieles, aunque especialmente se llama Obispo de Roma;
- 4) *inmediata*, ya que procede inmediatamente de Dios y se ejerce directamente sobre toda la Iglesia;
- 5) *universal*, porque se ejerce lo mismo sobre todas y cada una de las Iglesias que sobre todos y cada uno de los fieles;
- 6) *independiente*, por cuanto la autoridad del Romano Pontífice no depende de ninguna autoridad humana.

Por último, la autoridad del Papa es *infalible* cuando define verdades pertenecientes a la fe o a las costumbres, lo cual ocurre siempre que habla *ex cátedra*, o sea con la plenitud de su potestad, desde la cátedra de San Pedro. La expresión *cátedra de San Pedro* significa dignidad del Sumo Pontífice; por consiguiente, *desde la cátedra de San Pedro* es locución denotativa de que se hace en virtud de la autoridad propia de la dignidad papal.

La Iglesia Católica es una monarquía absoluta, cimentada sobre dogmas, cuya cabeza visible, el Romano Pontífice, tiene potestad jurisdiccional suprema, plena, episcopal, inmediata, universal e independiente; y autoridad infalible cuando define verdades relativas a la fe o a las costumbres.

La Iglesia y nosotros

¿Qué podremos hacer nosotros, que somos científicos, pensadores y críticos insobornables, frente a una organización así? ¿Qué diálogo podrá entablar la ciencia, que no es una monarquía absoluta, con la Iglesia, que sí lo es? ¿Cómo podríamos entendernos los no dogmáticos con los dogmáticos a ultranza? ¿Qué posibilidad tenemos nosotros, gente falible, de establecer un fructífero intercambio de ideas con alguien cuya autoridad es infalible cuando habla *ex cátedra* y cuya potestad jurisdiccional es suprema, plena, episcopal, inmediata, universal e independiente?

¿Nos podremos comunicar, razonable y provechosamente, con una organización que se ha demorado ciento y pico de años para dar la razón a Darwin y que ha sambenitado de herejes, cismáticos y apóstatas a tantos fieles explícitamente discrepantes y aun justificadamente levantiscos?

En la Iglesia Católica, en efecto, quien niega pertinazmente alguna de las verdades que han de ser creídas con fe divina y católica, o la pone en duda, es *hereje*; y si desconoce la autoridad del Papa y rehúsa someterse a él, es *cismático*; y si abandona por completo la fe cristiana y se va definitivamente de la Iglesia, es *apóstata*.

¿Qué podremos hacer, pues, nosotros los acatólicos en situación semejante?

¿Deberé agregar que a los acatólicos no nos importa ni impresiona que la Iglesia fulmine anatemas contra quienes considera réprobos, en vano intento de atajar lo que Loisy llamaba la turbulencia de los innovadores?

Repito: ¿qué podremos hacer?

Respondo: muy poco o nada.

II

¿Siempre nos hemos aburrido?

Vengo reuniendo, desde hace algún tiempo, información acerca del aburrimiento; y la verdad es que no hay mucha información. Pero siendo, como soy, investigador que no afloja ni cede en el empeño, he logrado juntar varias noticias que en seguida ofrezco a mis lectores.

Apuntaciones etimológico-semánticas

Nuestro verbo *aburrir*, que es transitivo, pero que se usa también como pronominal, *aburrirse*, procede de *aborrir*, verbo en desuso y que significa *aborrecer*, del latín *abhórrere*, tener horror, sentir aversión, repugnancia, por persona o cosa. La Academia dice que *aborrecer* viene de *abhorréscere*, que es frecuentativo de *abhórrere*, esto es, verbo que indica acción reiterada con frecuencia.

Aburrirse, según el Diccionario, es «*sufrir un estado de ánimo producido por falta de estímulos, diversiones o distracciones*».

Aburrimiento es «*cansancio, fastidio, tedio, originados generalmente por disgustos o molestias, o por no contar con algo que distraiga o divierta*».

Aburrimiento es, pues, desgana, hastío, murria, esplín, indiferencia o desdén por todo; esto último era una de las acepciones de *abhórrere*, y así se ve en los escritos de Cicerón. (*)

(*) «Este aburrimiento existencial [el desdén por todo] es profundamente aniquilador para la persona, la cual no posee ya recurso alguno de donde extraer instancia alguna para operar en la realidad. Nada vale; luego, no hay nada que hacer, ni nada que valga la pena hacer. Como decía Manuel Machado: **que se tome** →

Acedía

El aburrimiento es un fenómeno moderno. Sólo en el siglo XIX se le reconoce claramente como tal en la literatura. Pero, desde luego, hay antecedentes. En efecto, los autores antiguos hablaron, aunque no mucho, de la *acedía*, que es la forma más antigua del aburrimiento, según Revers. (Cf. W.J. Revers, *Psicología del Aburrimiento*, [17].)

Acedía, en sentido recto, significa calidad de *acedo* o agrio; *acedarse* es ponerse aceda o agria alguna cosa; avinagrarse, agriarse. Figuradamente, *acedía* quiere decir desabrimiento, aspereza en el trato, disgusto, desazón, molestia, fastidio, tedio o enfado que causa una persona o cosa.

La palabra *acedía* nos llegó del griego a través del latín. En griego, *akedía* significa *apatía*, vale decir, sin pasión, sin sentimiento; de *a-*, prefijo privativo, y *pathos*, pasión, sentimiento.

La *apatía* es la dejadez, indolencia, falta de vigor y energía; desidia, desgana, languidez y marasmo; también abulia, esto es, falta de voluntad, o notable disminución de ella.

Casiano

En el teólogo Juan Casiano, del siglo V de nuestra era, *acedía* equivale a *taedium*, tedio, que es hastío y fastidio, un estado anímico *affinis tristitiae*, vecino a la tristeza, afín a ella.

Casiano señala como característica de la *acedía* el *hórror loci*, el horror, la aversión a los sitios o lugares. «Al monje —dice Revers— *le hastía la celda, la habitación siempre igual, el horizonte de su percepción, siempre igual.*» Para deshastarse, huye de la celda, cambia de horizonte.

la vida la pena de matarme / ya que yo no me tomo la pena de vivir.
(Carlos Castilla del Pino, *La Incomunicación*. Sexta edición. Barcelona, Ediciones Península, 1973. 75.)

El tiempo, en la acedía, se alarga excesivamente, parece interminable; hay desconcierto, inquietud, desazón, desabrimiento. Todo quehacer parece inútil, vano, sin sentido. La vida no tiene sabor, es insípida.

Casiano, como después Santo Tomás, investiga la relación de la acedía con el *ordo* (orden) divino, pero no se ocupa de las causas de la acedía.

Santo Tomás

Santo Tomás estudia, en su *Suma Teológica*, la pecaminosidad de la acedía. Para Casiano, la acedía origina muchos pecados, pero a juicio de Santo Tomás es *delictum grave*, justamente porque yugula la acción productiva, porque es lo opuesto al amor creador o *gaudio caritas*.

Pero Santo Tomás, al tratar de la acedía, la emparenta con la tristeza, de manera que la acedía tomista es, más que aburrimiento, melancolía, es decir, tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente. Isidoro, siglos antes, había distinguido la acedía de la tristeza, y afirmaba que de la tristeza procedían el rencor y la desesperación, y también la pusilanimidad. En cambio, de la acedía procedían la ociosidad, la somnolencia, la inestabilidad y la *verbósitas* o locuacidad.

Aparición del aburrimiento

El fenómeno que llamamos *aburrimiento* se manifiesta claramente por primera vez en la literatura inglesa y francesa del siglo XIX.

Los exotistas de la época están a la busca de lo fabuloso, lo fantástico, lo salvaje y lo miguelangelesco o colosal. Hartos de lo que el presente pueda ofrecerles, huyen de lo que en su sentir es una monótona uniformidad que se repite eternamente y les hastía. Sueñan entonces con los desbordamientos y demasías del Renacimiento y de los tiempos primitivos del Imperio Romano; también los

seduce el remoto mundo oriental, misterioso y fascinante. Sufren de *ennui*, de *spleen*, de *taedium vitae*; se aburren soberanamente y la realidad que confrontan los hastía de veras, aunque como decía Byron, refiriéndose a sus «*queridísimos compatriotas*», sólo han descubierto que *se aburren*, pero no que *aburren*.

El gran Flaubert decía de sí propio lo siguiente:

«*He nacido hastiado; ésa es la lepra que me corroe. Me aburro de la vida, de mí mismo, de los demás, de todo. A fuerza de voluntad he acabado por adquirir el hábito del trabajo; pero cuando lo interrumpo, todo mi hastío vuelve a la superficie, como una carroña hinchada que exhibe su vientre verde y corrompe el aire que respiramos.*» (Carta a Louise Colet, 2 de diciembre de 1846.)

«*Tengo en mí, en lo hondo, un **hastío** radical, íntimo, acre e incesante que me impide saborear nada, y que me llena el alma hasta hacerla reventar.*» (Carta a Louise Colet, 20 de diciembre de 1846.)

«*[...] la vida me inspira una apatía tan invencible, que me aburre comer, hasta cuando tengo hambre. Lo mismo con todo lo demás.*» (Carta a Louise Colet, sin fecha.)

Baudelaire es tan radical como Flaubert y llega a expresarse así:

«*No saber nada, no querer nada, no sentir nada; dormir y después volver a dormir; éste es hoy mi único deseo, un deseo infame, repulsivo, pero sincero.*»

Coleridge, encomiando el estado del dios Vishnu, de la India, manifiesta lo que sigue:

«*Errando a lo largo de un océano infinito, mecido en una hoja de loto, y al cabo de millones de años despertarse por un par de minutos para saber solamente que va a dormirse otra vez un millón de años.*»

La vida es quehacer

La ocupación, el negocio o la tarea que ha de hacerse se llama *quehacer*. La vida es *quehacer*, decía Ortega y Gasset, y quien trate de sustraerse a ello, quien resuelva no hacer nada, no solamente habrá de aburrirse, sino que será condenado al peor de los trabajos forzados: a *hacer tiempo*, o a *matar el tiempo*.

En el aburrimiento, el tiempo se alarga; en la diversión, contrariamente, se acorta. En alemán, el aburrimiento se designa con el término *Langeweile*, que literalmente significa «tiempo largo», al paso que *Kurzweile* (diversión) quiere decir «tiempo corto».

Tarde o temprano, la inactividad, o como diría Gregorio Marañón, el *sinquehacer*, resulta insoportable.

*«Nada es tan insoportable al hombre –dice Pascal, en sus **Pensamientos**– como estar en completo reposo, sin pasión, sin actividad, sin esparcimiento, sin la posibilidad de intervenir. Pues entonces sentirá su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacuidad. Sin cesar ascenderá de lo hondo de su alma, el tedio, el abatimiento, la congoja, el desabrimiento, la desesperación.»*

Leopardi

No tiene, pues, el aburrimiento buena prensa. Sin embargo, el célebre poeta italiano Giacomo Leopardi no lo malquiso, antes bien, hubo de encomiarlo sin reservas. He aquí algunas citas pertinentes:

«El tedio no cabe sino en aquellos en que tiene algún valor el espíritu. Cuanto mayor sea éste, tanto más frecuente, penoso y terrible es el tedio.»

«El aburrimiento es raramente conocido por los hombres de poco valer y casi nunca por los animales.»

«*El tedio es, en cierto modo, el más sublime de los sentimientos humanos.*» (*)

Quizá todas estas expresiones resulten menos singulares de lo que aparentemente son, si se tiene en cuenta que Leopardi fue el poeta del pesimismo y que su vida fue amarga y su salud precaria. Había nacido a fines del siglo XVIII y murió cuando estaba por cumplir los treinta y nueve años de edad.

Tiene Leopardi, entre otros dichos, uno muy agudo y que a mí me gusta repetir; es éste:

«*No hay nada más raro en el mundo que una persona habitualmente soportable.*»

Esto también lo sabía, y muy bien, el ilustre científico español Santiago Ramón y Cajal, que en su libro *El Mundo Visto a los Ochenta Años*, cuenta haber sufrido en su vejez de hipoacusia o disminución de la sensibilidad auditiva. «*En cuanto a mí –dice–, prefiero mil veces la sordera a la ceguera. Aquélla me aleja del animal humano, a menudo insoportable, cuando no insidioso y hostil.*»

Cuestiones por dilucidar

Respecto al aburrimiento, las cuestiones que a mi ver convendría ventilar cumplidamente son éstas:

1) ¿Por qué el aburrimiento, el aburrimiento propiamente dicho, es un fenómeno que sólo se manifiesta inconfundiblemente el siglo XIX; por qué esta modernidad del aburrimiento?

2) El aburrimiento no era antes un problema ni mucho menos una problemática. ¿Por qué? ¿Tal vez porque la gente hallaba mayor satisfacción en su trabajo? Se ha dicho

(*) «*Para Leopardi, el tedio es el mayor signo de grandeza y de nobleza que puede tener el hombre.*» (María Luisa Vásquez Castañeda, «Diálogo con la noche. Modernidad en la forma del nocturno en Giacomo Leopardi y César Calvo». En: Biagio D'Angelo, organizador, *Confluencias e Intercambios. La Literatura Comparada y el Perú, Hoy*. Segunda edición. Lima, Universidad Católica Sedes Sapientiae y Asociación Peruana de Literatura Comparada, 2006, 271.)

que el trabajo es el mejor antídoto contra el aburrimiento, el trabajo creativo, productivo, no el trabajo rutinario y monótono, no el trabajo que es una noria.

3) ¿Es cierto, como decía Leopardi, que los espíritus valiosos son propensos a atediarse, a aburrirse; y, al revés, que los espíritus simples desconocen el aburrimiento?

4) Nunca ha habido tantos estímulos, tantos medios para combatir el aburrimiento como los hay ahora; pero igualmente nunca ha habido en la humanidad tanta pobreza de vida interior, nunca ha sido tan escasa la capacidad de *ensimismarse*, esto es, sumirse o recogerse en la propia intimidad, desentendiéndose del mundo exterior.

Lo opuesto al ensimismamiento es la *alteración*. Nuestra época es la más alterada y la menos ensimismada.

Recordemos que la alteración es el estado de inquieta atención a lo exterior, sin sosiego ni intimidad. Y este volcarse a lo exterior termina en la pérdida de la identidad, termina en la *alteridad*, que es la condición de ser otro. El hombre que sufre de alteridad es el hombre *alienado*. Plauto decía «*numquam me alienabis*», «*nunca me harás distinto de lo que soy*», porque evidentemente no era una persona alterada. La persona alterada diría «*semper me alienabis*».

5) El aburrimiento es propio de la cultura occidental y cristiana. Los estudiosos de otras culturas no han descubierto en ellas el aburrimiento.

Occidente se ha caracterizado por hacer y tener cosas que ninguna cultura hace ni tiene. Occidente ha realzado el amor extraordinariamente. Ninguna otra cultura lo ha hecho. Occidente ha combinado infructuosamente el amor, el sexo y el matrimonio. Ninguna otra cultura ha cometido semejante disparate. Occidente elogia a la juventud y canta himnos de esperanza y promesa a la niñez. Ninguna otra cultura hace eso. Occidente luce, entre otras perlas, la del aburrimiento. Ninguna otra cultura luce esa perla.

En suma, la pregunta es: ¿por qué el aburrimiento se ha desarrollado únicamente en Occidente?

La respuesta puede ser la que ya se dijo anteriormente de pasada. Me refiero a la pobreza de vida interior que se echa de ver en las más de las personas; y más que pobreza, inopia. Por eso no se ensimisman, porque no tienen intimidad. Dependen, pues, y no pueden dejar de depender, de la exterioridad, por carecer de interioridad. Y al obrar así resultan pitecoides, se parecen a los monos, que están en constante ajeteo porque no son capaces de ensimismarse. Al no tener, como no tienen, mundo interior, el exterior los esclaviza.

Un día preguntaron a Baudelaire dónde preferiría vivir, y él dijo: *«¡En cualquier parte, con tal que sea fuera del mundo!»*

*«Pero el mundo –comenta Ortega y Gasset– es la total exterioridad, el absoluto **fuera**, que no consiente ningún fuera más allá de él. El único fuera de ese **fuera** que cabe es, precisamente, un **dentro**, un **intus**, la intimidad del hombre, su **sí mismo**, que está constituido principalmente por ideas.*

*«Porque las ideas poseen la extravagantísima condición de que no están en ningún sitio del mundo, que están fuera de todos los lugares; aunque simbólicamente las alojemos en nuestra cabeza, como los griegos de Homero las alojaban en el corazón, y los prehoméricos las situaban en el diafragma o en el hígado. Todos estos cambios de domicilio simbólico que hacemos padecer a las ideas coinciden siempre en colocarlas en una víscera; esto es, en una entraña, esto es, en lo más interior del cuerpo, bien que, el **dentro** del cuerpo, es siempre un dentro meramente relativo. De esa manera damos una expresión materializada –ya que no podamos otra– a nuestra sospecha de que las ideas no están en ningún sitio del espacio, que es pura exterioridad; sino de que constituyen, frente al mundo exterior, otro mundo que no está en el mundo: nuestro mundo interior.*

«He aquí por qué el animal tiene que estar siempre atento a lo que pasa fuera de él, a las cosas en torno.

*Porque, aunque éstas menguasen sus peligros y sus incitaciones, el animal tiene que seguir siendo regido por ellas, por lo de fuera, por **lo otro** que él; porque no puede meterse **dentro de sí**, ya que no tiene un **sí mismo**, un **chez soi**, donde recogerse y reposar.» (J. O. y G., O.C., V, 300-301.)*

Coda **Mariátegui y el aburrimiento**

*«Creo que no vale la pena escribir para decir que uno se aburre. Sería muestra de poca consideración para el lector, a quien no le interesaría de seguro este aburrimiento, bastante preocupado como estaría con el propio. Pero en Lima es forzoso decir que uno se aburre. Aquí las gentes viven en perpetuo fastidio. Es el nuestro un país de gentes esplináticas que bostezan. [**Esplinático, ca:** relativo o perteneciente al **esplín** o tedio de la vida.]*

*«Usted, como yo, habrá ido al teatro muchas veces y se habrá encontrado con que los amigos, interrogados, le dicen que han ido para no aburrirse, así se trate de Enrique Borrás o de Mimí Aguglia. Y por no aburrirse, por matar el tiempo, van las gentes al Palais Concert, al cinema, a tertulias, a **five o'clock teas**, al balneario, a todas partes. Todo el gesto de nuestras gentes se compendia en un gran bostezo que rubrica enseguida una cruz hecha a prisa en la boca por el pulgar y el índice de la mano derecha...*

«[...]

«Vivimos adormidos, inactivos y somnolientos. No nos place hacer nada y a lo sumo tenemos aptitudes para ser público de un espectáculo muy entretenido que no acabase nunca. Todas las gentes de esta tierra podríamos vivir en un gran coliseo aplaudiendo o chillando según que nos gustase o nos disgustase lo que se hiciese para divertirnos. Y aun así acabaríamos por aburrirnos y por decir que vivir aquí es una desdicha.»

(José Carlos Mariátegui, *Escritos Juveniles. La Edad de Piedra*. Prólogo, compilación y notas de Alberto Tauro. Lima, Empresa Editora Amauta, S.A., Biblioteca Amauta, 1991, III, 52-53.)

Rimbaud, Onetti

«*Siempre me aburro mucho* –confiesa Rimbaud–; *no creo haber conocido a nadie que se aburriese tanto como me aburro yo.*» (Cf. Guillermo Niño de Guzmán, *Relámpagos sobre el Agua. Literatura y vida*. Lima, Jaime Campodónico/Editor, 1999, 125.)

«*En Madrid, donde residió desde 1975, [Juan Carlos Onetti] optó por la reclusión. No sólo no salía de su departamento, sino que rara vez abandonaba la cama. Si la enfermedad que lo aquejaba tenía nombre, ella se llamaba **hastío**, un insobornable **hastío**.*» (Guillermo Niño de Guzmán, o.c., 158.)

Aburrimiento y niñez

Sobre este asunto, consúltese el libro de Arthur T. Jersild, *Psicología del Niño*, publicado en 1961 por la Editorial Universitaria de Buenos Aires; páginas 293-298.

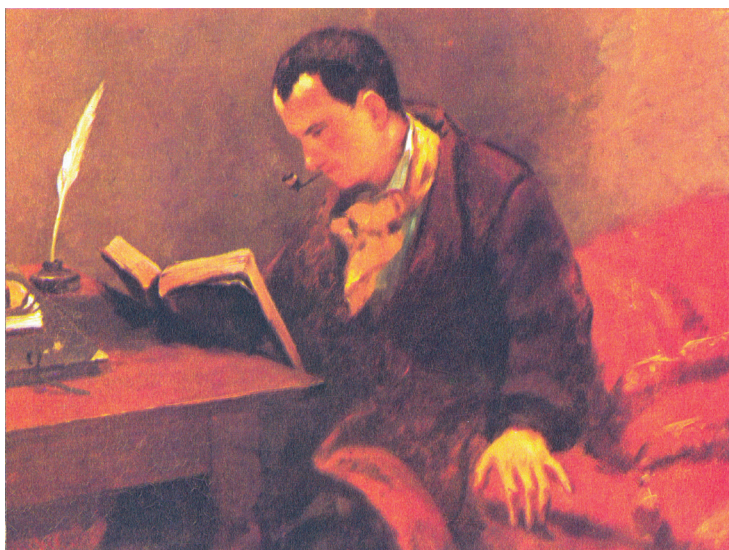
El «mal du siècle»

«*El **mal du siècle**, es decir, el aburrimiento, la melancolía profunda, el tedio de la vida de la juventud romántica, tiene su origen en la obra **René**, del vizconde de Chateaubriand, no poco autobiográfica y publicada en 1802. A raíz de la publicación de **René**, se llamó al aburrimiento '**le mal de René**'. Luego un crítico, Sainte-Beuve, el 15 de mayo de 1833, hablando de la novela **Oberman**, de Senancourt, aparecida en 1804, escribió: 'Esta palabra **aburrimiento**, tomada en su acepción más general y más filosófica, es el rasgo distintivo del mal de Oberman; es lo que se puede considerar **el mal del siglo**.'*»

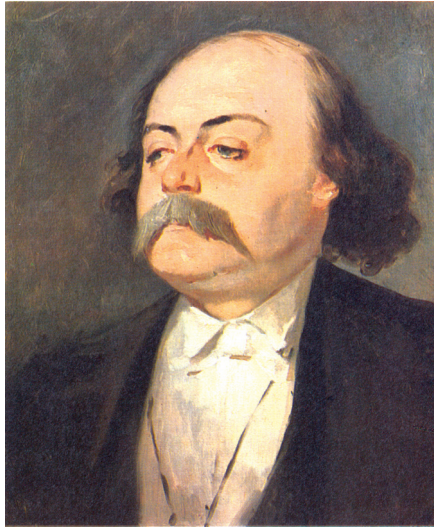
(José Antonio Marina y Marisa López Penas, *Diccionario de los Sentimientos*. Tercera edición en «Compactos». Barcelona, Editorial Anagrama, 2005, 221-222.)



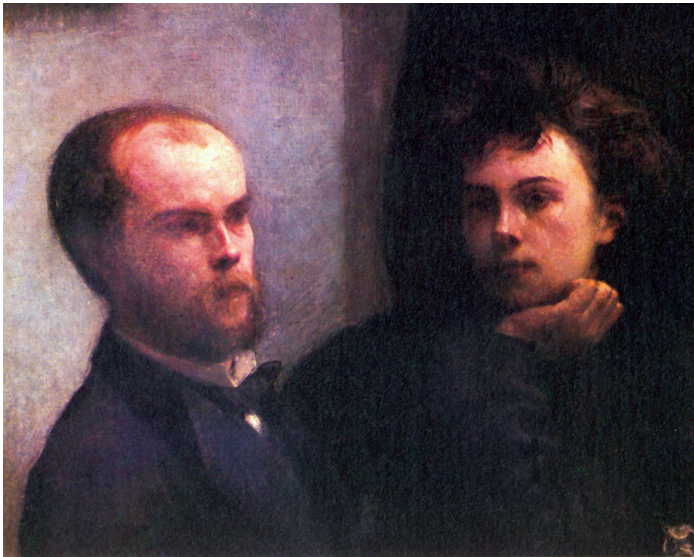
Samuel Taylor COLERIDGE
(1772-1834)
(Retrato al óleo por P. Vandyke.
El retrato es de 1795 y por consiguiente
nos muestra a un Coleridge veinteañero.)



Charles BAUDELAIRE
(1821-1867)
(Este retrato poco conocido del joven Baudelaire
fue realización de uno de los mayores pinceles
franceses del Ochocientos: Gustave Courbet.)



Gustave FLAUBERT
(1821-1880)
(Retrato al óleo por E. Giraud.)



Arthur RIMBAUD
(1854-1891)
(Paul Verlaine, a la izquierda, y Rimbaud;
detalle del cuadro "El rincón de la mesa",
por H. Fantin-Latour.)



José Carlos MARIÁTEGUI
(1894-1930)



George Gordon BYRON
(1788 - 1824)



Manuel Atanasio **FUENTES** Delgado,
alias "El Murciélago"
(1820-1889)

III

Remembranzas del Ochocientos

«El Murciélagó»

Manuel Atanasio Fuentes, *alias* «El Murciélagó», personaje del siglo XIX y «caballero muy ilustrado y generoso», como dice Ricardo Palma, publicó varios libros y sobre diversas materias; era polígrafo. Va de suyo que siempre lo recordaremos por el que dedicó a nuestra ciudad y que precisamente se titula *Lima*. Fuentes publicó esta obra en París, en 1867, y era muy difícil conseguirla, porque se había convertido, y con razón, en joya bibliográfica. Felizmente, en 1985, el Banco Industrial del Perú tuvo el acierto de reimprimir facsimilarmente la *Lima* de Fuentes. Y en 1988, lo volvió a hacer, acertando así doblemente.

«El Murciélagó» nos informa, entre otras cosas, de un juego que hoy consideraríamos vitando, pero que para los bizcocheros y muchachos del Ochocientos, y en realidad para todos, era normalísimo y muy popular. Se trataba de lo siguiente:

El juego de la mosquita

El bizcochero de entonces era por supuesto un ambulante que llevaba sus gustosos ofrecimientos en una tabla en la que había bizcochos, pasteles, bollos, rosquillas, alfajores y piononos. La tabla era rectangular y tenía sendas barandillas en los extremos, recordatorias de la cabecera y el pie de una cama. En las tablillas de los extremos, que

eran una especie de antepechos o muretes, estaban los soportes, justamente al medio, de un agarradero cilíndrico. Esta cama, porque en verdad era eso, la llevaba el bizcochero sobre la cabeza, bien cubierta por un gorro que tenía una almohadilla encima. El agarradero le servía al bizcochero para bajar la cama y para llevarla sujetándola con la mano cuando se cansaba de tenerla sobre la testa.

La pastelería cara, dice Fuentes, podía costar seis centavos, doce centavos y hasta veinte centavos; y como se comprenderá no abundaban los muchachos que tenían sumas tan considerables. Pero el bizcochero había ideado un expediente en virtud del cual todos ellos, particularmente los del gremio de la pobrería, que eran los más, tuviesen la posibilidad de saborear, o de *sabrosear*, como decía don Bartolomé Gallardo, las golosinas más finas y delicadas.

¿Qué hacía el bizcochero?

El bizcochero ponía la cuja de la bizcochería en el suelo y era inmediatamente rodeado por la muchachada... y por las moscas, que acudían en tropel ante la exhibición de tantas exquisiteces. El bizcochero no cesaba de espantarlas con un plumero o con una servilleta que agitaba con la mano. Pero las moscas volvían a la carga, y en ese afán estaba el bizcochero permanentemente. Lo curioso es que las moscas no eran, en realidad, una maldición, sino una bendición. Y véase por qué.

Los circunstantes debían apostar al pastel o bizcocho, o a cualquier otro dulce o tortita, que deseaban comer. Apostaban, desde luego, unos centavos, pero en aquel tiempo los centavos eran plata, de modo que bastaba poner dos o tres a fin de concretar la apuesta.

¿Pero a qué se apostaba?

Pues se apostaba a que en el pastel o bizcocho que uno escogía como objeto de la apuesta, se posaría la primera mosca. Ya dije que las tales pululaban, pero siempre había una que se posaba antes que las demás en algún pastel o

bizcocho. Pues bien: dicho pastel o bizcocho resultaba el ganador, y sólo porque en él se había posado, antes que todas las restantes, una mosca.

En lo recién dicho consistía, pues, el famoso juego de la mosquita. Claro está que en conociéndolo advertimos que a la sazón no había *conciencia sanitaria*. Por eso Fuentes no dice ni pío del carácter antihigiénico de tal juego. Ni a él ni a los otros, que no tenían por cierto la cultura de Fuentes, les parecía que con semejante juego peligraba la salud de la población. No; para ellos era un juego más. Y en cuanto a la higiene y la salud, no había por qué preocuparse; total, el cuerpo se cuida solo, y si no sabe cuidarse, entonces que pague las consecuencias.

Así se piensa y se siente cuando la *conciencia sanitaria* brilla por su ausencia. Brillaba antes y hoy sigue brillando, aunque ya no juguemos el juego de la mosquita y aunque los barberos ya no usen, cuando afeitan, esa piedra a la que llamaban *huesillo*.

El huesillo de los barberos de antaño

En efecto, según Carlos Camino Calderón, limeño auténtico y muy versado, los barberos limeños de antes, para afeitar con más propiedad y conveniencia, hacían que el cliente se introdujese en la boca una piedra, más bien pequeña, pero piedra al fin. Entonces, a la voz de mando: «*iHuesillo a la derecha!*», el cliente arrimaba la piedra con la lengua al carrillo derecho. Y una vez que el barbero afeitaba esa parte, ordenaba: «*iHuesillo a la izquierda!*», y la operación se repetía entonces en el carrillo opuesto.

El zambo Barraza, que tenía su establecimiento Abajo del Puente, fue el último usuario del *huesillo*.

Como la piedra era la misma para todos los clientes, y como solamente se lavaba, si se lavaba, de vez en cuando, se comprenderá al punto lo antihigiénico de semejante práctica. Pero nadie la impugnaba, porque para la

impugnación habría sido menester la *conciencia sanitaria*, que no existía.

La conciencia sanitaria, hoy

Hoy, en general, tampoco existe; y cuando existe es tan difusa y frágil que resulta fácilmente avasallada por la satisfacción del momento. Esto pude apreciarlo el otro día, viendo una de esas entrevistas televisivas que hacen en los hospitales a las víctimas del cólera. A una de tales víctimas, una mujer, le preguntaron cómo había contraído el mal. Y ella dijo:

«Tomé agua sin hervir.»

«*¡Pero qué barbaridad!*», exclamó el interlocutor. «*¿No sabía usted que eso es peligrosísimo y que el agua hay que tomarla siempre hervida?*»

Y la mujer respondió:

«*Bueno, sí lo sabía; lo que pasa es que a mí no me gusta el agua hervida, no tiene buen sabor; prefiero el agua cruda.*»

Díganme si con personas así se puede hacer patria.

También sería vano pretenderlo con quienes gustan sobremanera, como los mojarreros de antes, de compadrear intensamente con Baco.

La suerte de las mojarras

Animadores pintorescos de la fiesta brava, los mojarreros practicaban un lance muy despropositado: la suerte de las mojarras. Los mojarreros eran indios que se armaban con largos chuzos, esto es, palos con pinchos o puntas de hierro; y armados así, salían al ruedo y se echaban en el suelo para esperar al toro, el cual los embestía en seguida, y entonces los indios trataban de clavarle los chuzos. Trataban..., porque lo usual era que el toro los revolcase y cornease de lo lindo, aunque no por ello se rendían los mojarreros, salvo si resultaban gravemente heridos.

La salida al ruedo de los mojarreros dependía de una reducción, y ésta se lograba mediante el consumo generoso de aguardiente. La reducción dicha era la del toro. El tal debía llegar a parecerles del tamaño de un perro. De lo contrario, los mojarreros no salían.

En cuanto se iniciaba la corrida, comenzaban a preguntarse entre ellos de qué tamaño estaba el toro; no de qué tamaño *era*, porque en este caso no se trataba de eso, sino de qué tamaño *estaba*.

–*Todavía está grande* –decía uno.

«–*Ah, entonces vamos a tirarnos otro trago*»
–afirmaba otro.

Al cabo de un tiempo, un mojarrero volvía a preguntar:

–*¿Y cómo está el toro ahora?*

«–*Está grande todavía* –contestaba otro– *pero menos que antes.*

«–*Ah, entonces sigamos chupando.*»

Y seguían chupando, hasta que creían ver un toro de magnitud aminorada, sin trapío ni grandeza. Sólo entonces salían al ruedo tambaleantes.

Y por contera –y viene al pelo– una cita gracianesca de *El Criticón*:

«*Voz tiene el pueblo, y aun dice que su voz es la de Dios. **Sí, del dios Baco*** –respondió el Sabio.»



El biscochero.

IV

Fetichismo

El fetichismo verdadero, *sensu stricto*, con exclusión de las partes genitales, es lo que se llama *pars pro toto*, la parte por el todo, por el conjunto o totalidad. El interés del fetichista se concentra en la parte, digamos en las manos o en los pies, o en el calzón o las medias, o en el sostén. Lo que pudiera valer el resto del cuerpo está, por decirlo así, concentrado en una sola parte, la cual vale por el conjunto o totalidad; y cuando se trata de prendas de vestir u objetos, éstos valen por sí propios, como elementos excitatorios y de complacencia, sin necesidad de que alguien los use para el disfrute sexual del fetichista. (Flaubert se deleitaba con las zapatillas de Louise Colet y se lo dice a ella repetidas veces en sus cartas.)

El fetichista considera objeto de excitación y deseo alguna parte del cuerpo humano o alguna prenda relacionada con él. Esa parte o esa prenda fascina al fetichista y lo embelesa, excitándolo considerablemente y produciéndole goce intenso. (Téngase presente que el término *fetich* se tomó del francés *fétiche* y éste del portugués *feitiço*, embrujo, hechizo, encantamiento.)

El verdadero fetichismo es exclusivo y excluyente. Pero los fetichistas radicales no abundan. Los que abundan son los que, priorizando su fetiche, no desdeñan, sin embargo, otras fuentes de atracción. Un fetichista de esta clase no se fija únicamente en el objeto fetichizado, aunque sí lo privilegia. Privilegia las manos o los pies, o las tres

mentas, sobre todo la tetamenta y la nalgamenta, pero eso no le impide interesarse en otras partes de la anatomía. El verdadero fetichista no se interesa en otras partes. Por eso la exclusividad caracteriza su fetichismo.

El fetichismo es la fijación exclusiva y excluyente de una preferencia sexual. Las preferencias que no se fijan exclusivamente ni excluyentemente no son fetichísticas, *sensu stricto*, sino *lato sensu*.

Cuando un fetichista –como los chinos de antes– halla todo su goce en el objeto fetichizado o en la parte corporal fetichizada, estamos ante un caso de verdadero fetichismo.

Antiguamente, los chinos habían fetichizado tanto los pies femeninos, diminutos y contrahechos por el vendaje (recuérdese que a las chinas, desde su niñez, se les vendaba los pies); los chinos, decía, habían fetichizado tanto los pies femeninos, que un chino podía alcanzar fácilmente el orgasmo acariciando y besando un pie y poniéndolo en contacto con su pene. Las chinas eran hábiles, podalmente hábiles (*podal* significa relativo o perteneciente al pie, y lo mismo significa *podálico*); las chinas eran podalmente hábiles y aun muy hábiles, o sea perhábiles, y en consecuencia podían sujetar con los pies el miembro del varón y comenzar a moverlo y frotarlo y después restregarlo, esto es, *frotarlo mucho y con ahínco*. Los orgasmos que se producían por esta acción podal o podálica eran de suyo cataclísmicos. Llamábase en la China antigua «Lotos Dorados» a los pies femeninos y eran los tales ciertamente estimadísimos.

Dos importantes averiguaciones

Hay dos hechos fundamentales relacionados con el fetichismo, dos hechos bien averiguados y fehacientes.

En primer lugar, *el fetichismo sexual no existe en las culturas primitivas*. En éstas hay o puede haber el fetichismo mágico-religioso, consistente en atribuir a un ídolo u objeto material o de culto propiedades mágicas o poderes sobrenaturales. El fetichismo sexual es, pues,

un fenómeno propio de la civilización. En los pueblos primitivos no existe.

En segundo lugar, *el fetichismo sexual es un fenómeno principalmente masculino*. Hay mujeres fetichistas, claro está, pero no muchas y hasta donde yo sé, ninguna de ellas practica el fetichismo verdadero, esto es, exclusivo y excluyente.

Lo primero, que el fetichismo sexual es propio de la civilización, se explica porque de las tres grandes revoluciones que ha habido en la evolución de la humanidad, las culturas primitivas sólo conocieron la primera, la Revolución Agrícola. La segunda, la Revolución Urbana, les es ajena, y por supuesto ajenísima la Revolución Industrial.

La civilización cambia al hombre, o mejor dicho, lo reforma, y esta *re-formación* es obra de la ciudad. El tipo básico, el hombre tradicional, se convierte en otros tipos: el sacerdote letrado, el artesano especializado, el miembro de la *élite* administrativa. También el campesino es un nuevo tipo, pues no hubo campesinos antes de las primeras ciudades.

En la ciudad, la población se diversifica, se densifica y se multiplica crecientemente. Es diversiforme y heterogénea y campo propicio para el surgimiento y desarrollo de tipos humanos. Cuando Spranger estudió inmejorablemente sus seis tipos de hombre, el teórico, el económico, el estético, el social, el político y el religioso; cuando Spranger estudió estos seis tipos, no estaba en Nueva Guinea, como sí Margaret Mead, estudiando tres culturas primitivas; no estaba Spranger en Nueva Guinea, sino en Alemania. Esos seis tipos de hombre son tipos europeos, tipos de ciudad y de urbe, no de comarca ni de villorrio. En la ruralia, no hay pícnicos ciclotímicos ni atléticos viscosos o enequéticos, y sea esto dicho con la terminología de Kretschmer. Sí los hay, en cambio, en la urbe, en la ciudad grande y populosa, llena de edificios y calles y con población numerosa y densa que por lo común no se dedica a las actividades agrícolas.

En la urbe florece lo que nunca florece en un pueblo primitivo, a saber, el individualismo o tendencia a pensar y obrar con independencia de los demás o sin sujetarse a normas generales. Surge también el sentimiento de soledad y además el aburrimiento. Entonces, para que la gente no se sienta sola ni se aburra se multiplican los estímulos y se va a la busca de particularismos conductuales e intensificaciones vivenciales. Ejemplos de lo cual son, entre otros, el amor pasional, el amor romántico y el fetichismo sexual. Los tres son golpes vitamínicos y aceleradores emocionales. Y son normalísimos en una cultura como la nuestra, tan privilegiadora del amor. Tanto es así que Alfred Binet decía que en el amor todos somos más o menos fetichistas, y en el más normal de los amores hay siempre una dosis de fetichismo. En otros términos, agrega el psicólogo francés, existe un gran fetichismo y otro pequeño, así como hay una histeria mayor y otra menor.

El elemento mágico

Digamos, además, que en ciertas clases de fetichismo, verbigracia, el de las prendas íntimas y el del pelo, el elemento mágico es claramente discernible, porque uno de los principios de la magia asegura que las cosas que han estado en contacto alguna vez, siguen estándolo, aunque de hecho ya no lo estén. El fetichista que acaricia, en el recogimiento de su alcoba, a solas, deleitándose, un mechón de su amada, o el calzón de ella, lo que en realidad está haciendo es acariciar a su amada, porque ni el mechón ni el calzón se han desvinculado verdaderamente de ella. Así lo establece la magia y el fetichista lo cree a pie juntillas y lo siente hondamente. El fetiche –recordémoslo– es hechizo, embrujo y encantamiento.

¿Por qué son ellos los fetichistas y no ellas?

Y consideremos ahora, tratando de explicarlo, el hecho de haber muchos más hombres fetichistas que mujeres. ¿Por qué tan notoria diferencia? Se aducen al respecto las tres explicaciones siguientes:

1) La mujer tiene menos imaginación y fantasía que el hombre y simboliza menos que él. Por eso no abundan las mujeres fetichistas, porque el fetichismo propiamente dicho, el verdadero fetichismo, requiere de imaginación, fantasía y simbolización. Que la mujer no sea imaginativa ni fantasiosa ni simbolizante puede deberse al hecho de no haber sido programada para serlo. Lo carencial sería, pues, en este caso, de fábrica, o sea innato.

2) La mujer, al emparejarse, sexualiza menos la relación y la hace depender del amor. El hombre es mucho más sexualizante y puede separar el sexo del amor. A ello se debe el que le sea más fácil fetichizar, porque toda fetichización encierra una sexualización. El fetiche despierta la *libido* y enardece al fetichista y lo lleva a máximas complacencias. En el varón, el placer sexual *per se*, la lujuria, es más normal que en la mujer, porque la mujer, para desatarse en la cama, necesita que la quieran; el hombre no, o en todo caso, no siempre lo necesita.

3) El fetichismo no es un fenómeno de integración, sino de separación y fragmentación. El fetichismo singulariza, esto es, distingue o particulariza una cosa entre otras. Esta tendencia masculina a la separación tiene base cerebral, porque en el varón las conexiones intrahemisféricas no son tantas como en la mujer. La mujer está cerebralmente más integrada que el hombre. No tiende, pues, a singularizar y privilegiar partes y segmentos –lo cual es esencial en el fetichismo–, sino que es unitiva e integradora. Desconoce la esquizofilia. El hombre, en cambio, la practica y se complace en ella. Por eso es, entre otras cosas, fetichista.

Possible origen del fetichismo sexual

Y bien: concluyo estas observaciones fetichísticas ofreciendo una explicación del fenómeno de que se trata. Para mí, el fetichismo sexual es el resultado de una combinación de *flechazo* e *impronta biológica*. Porque, efectivamente, es amor a primera vista o *flechazo* o enamoramiento repentino y súbito, pero, a diferencia del

enamoramiento común, que es reversible, el fetichismo, el verdadero, es irreversible, como la *impronta*, que es un proceso de aprendizaje que ocurre en los animales jóvenes durante un corto período de receptividad, del que resulta una forma estereotipada de reacción frente a un modelo, que puede ser otro ser vivo o un juguete mecánico. Una vez producida la *impronta*, ésta es irreversible.

Lo natural y lo facticio

El portugués *feitiço* se deriva del latín *facticius*, facticio, o sea artificial, no-natural. Pues bien: en el caso del fetichismo (si estoy en lo cierto al intentar explicarlo), el flechazo y la *impronta* serían lo natural del fenómeno, al paso que la elaboración y diversificación de él serían lo facticio.

Ya he dicho otras veces que en punto al sexo el único programa que tenemos es el reproductivo; pero carecemos de *software* para el erotismo. Y siendo, como es, el fetichismo manifestación primariamente erótica y creación neta del ser humano y por eso mismo creación cultural, no puede ser *antinatural*, sino *no-natural*, *artificial* o *facticio*. El fetichismo es un producto de la civilización y de la urbe, y lo burdo y obsesivo que pueda tener, cuando lo tiene, no se debe al fetichismo, sino a la insuficiencia y ordinariéz de sus practicantes. La calidad del fetichismo depende de la endocalidad del fetichista. Este hecho para mí no tiene vuelta de hoja.

Creo haber dicho lo fundamental en torno a un asunto muy interesante y a un tiempo no fácilmente dilucidable. Confieso que me satisfaría grandemente que otros investigadores lo expongan y diluciden con más propiedad y fundamento.



Brassière o sostén: prenda fetichizable.

(Nota bene: el género de *brassière* es femenino y en consecuencia yerran los que dicen “*el brassière*”. No es “el”, sino la.)



Rige, en no escasa medida, el fetichismo de los pies femeninos y el del calzado. Los chinos de antes se desvivían por los pies femeninos y el gran Flaubert era amante apasionado de las sandalias.



Un fetiche muy común: las medias negras.



En esta fotografía de 1994 se ve a Claudia Schiffer en su mejor momento, luciendo prendas muy fetichizables y así mismo una cabellera rubia que despierta ánimo fetichizante. Hoy la Schiffer es una múltipara otoñal y senescente.



El encanto del moño, la raya al medio, los ojos claros y las orejas bien formadas: todo ello es muy fetichizable.



Marsha Gonska, tan sensual como siempre, con sugeridor atavío feticheístico.



Gwyneth Paltrow, hace diez años, cuando aún no se le había entristecido la piel, mostrando un buen par de piernas fetichizables.

V

El mayor mal de los males

En un escrito de Antonio Sánchez Pérez, incluido en el *Parnaso Español*, en edición de Bastinos, hallé un excelente refrán de la sabiduría popular que dice así:

«*El mayor mal de los males es tratar con animales.*»

Mi tía Carolina, que en paz descanse, solía repetir un refrán que se emparenta (no que «*se emparenta*», como creen los ignorantes), que se emparenta, repito, con el anterior y que a la letra dice:

«*Si quieres morir sin saber de qué, amárrate un bruto al pie.*»

(Esto mismo consta en la *Ña Catita*, de Segura, sólo que don Manuel Ascensio no dice *bruto*, sino *tonto*.)

Miguel Agustín Príncipe, insigne fabulista zaragozano (1811-1863), refiere en su fábula «El hombre y el burro», que un buen día convinieron un hombre y un burro en enseñarse el respectivo idioma, y el burro, ¡suerte impía!, en dos años de estudio y de porfía, no aprendió ni un solo vocablo, mientras que el hombre, en un solo día, aprendió a rebuznar perfectamente.

Moraleja:

«*No trates con el burro ni un minuto, / pues no conseguirás la alta corona / de hacerle tú persona / y puede suceder que él te haga bruto.*»

Es casi perogrullesco afirmar que los brutos, necios e insensatos pululan, y su pululación abrumba y marea

juntamente. En cambio, los juiciosos, inteligentes y sabios escasean mucho, hasta el punto de que ya comenzamos a figurárnoslos miembros de una sociedad secreta o individuos de una especie en extinción.

En nuestro idioma, hay la friolera de trescientos y pico de vocablos relacionados con la idea de *necedad*, pero desde luego muchísimos menos relacionados con la idea de *sabiduría*.

El lenguaje, con bien dice Casares, es «*un almacén de medios de expresión desigualmente abastecidos, donde ciertas ideas han logrado una representación verbal verdaderamente exuberante*».

VI

«Irezumi»

La significación del «irezumi»

Irezumi es voz japonesa designativa de tatuaje. El siglo XIX hubo una ley que lo prohibió, pero luego fue derogada y hoy, como ayer, los japoneses se siguen tatuando, conscientísimos de que el *irezumi* no es, como ligeramente suponen los occidentales, simple decoración o singular ornamentalismo. No; el *irezumi* es un arte, lo que se llama *arte*, para cuya maestría se ha menester de muchas condiciones, gran dedicación y bastante paciencia.

Identificación, vestido y magia

En el Japón, la necesidad de identificación es considerable y definitivamente mayor que en otras partes. Necesidad que para los japoneses sólo puede ser satisfecha por el tatuaje, al que consideran incomparable muestra artística multicolor e indeleble de identidad.

Obreros, carpinteros, andamieros, timberos, marineros, delincuentes y, en general, gente de la clase baja y de mal vivir, *marcan* su identidad tatuándose.

La gente distinguida, de alcurnia, la gente de pro, la clase alta, la nobleza, ha creído siempre –y con razón– que el *irezumi* es una plebeyada indeseable y en consecuencia jamás se ha tatuado; y lo mismo ha ocurrido y ocurre en otros pueblos; el tatuaje ha sido y es siempre práctica de los de abajo; los de arriba la desprecian y nunca la ponen por obra.

Además de servir el *irezumi* como documento, por decirlo así, dérmico de identidad, sirve también como vestido. Estar uno bien tatuado, a la japonesa, esto es, tener casi todo el cuerpo, como si dijéramos, *irezumizado*, equivale a estar, no sólo bien vestido, sino muy bien vestido.

Un quimono elegante, de gran calidad, un quimono de primera, es carísimo; un tatuaje resulta más barato y, por supuesto, es mucho más interesante que la ropa convencional.

Una tercera razón, muy importante, del uso y difusión del tatuaje es su carácter mágico. Si uno se hace tatuar un tigre, entonces adquirirá, por lo que Frazer llamaba la magia simpatética, el poder del tigre; y si lo tatuado es un león, entonces tendrá el coraje del león; y así por el estilo. Los rufianes parisienses, a fin de que les sonría el éxito en el negocio de la putería, se hacen tatuar un águila, y una de gran tamaño, para tener gran éxito.

«Irezumis» cotizadísimos

La delicadísima labor y la indudable elegancia de un tatuaje japonés son tan patentes, que hay coleccionistas que se disputan, poniendo sobre el tapete cualquier cantidad de yenes, la adquisición de la espalda de un difunto *irezumizado*.

En Tokio hay un museo, al que desgraciadamente el público no tiene acceso, sólo los investigadores y especialistas, donde se exhiben las mejores pieles *irezumizadas*. Donald Richie, que ha estado en ese museo, asegura que la colección es formidable.

La técnica del «irezumi»

Los diseños japoneses del *irezumi* son los mismos que gozan de popularidad desde el siglo XVIII, a saber: el Dragón (Poder y Sagacidad), la Carpa (Perseverancia), el infante prodigioso Kintaro (Éxito), algún sabio chino (Sabiduría) y una de las divinidades japonesas (Benevolencia).

Entre las flores *se irezumizan* la del cerezo y la peonía, pero no la camelia, proscrita del diseño tatuístico y del arreglo floral o *ikebana* por la forma repentina en que se desprenden sus pétalos, lo cual presagia una muerte súbita.

Primero se hace el diseño con tinta china o *sumi* y el colorante se aplica después. Se utiliza un cincel de tres filos y el pincel se sostiene entre el anular y el meñique de la mano izquierda. El cincel, sostenido por la diestra, se humedece pasándolo por el pincel y luego se hunde en la piel, abriéndola.

El trámite, que por cierto duele mucho, se repite hasta que el tatuador logra el trazo de una línea gruesa, clara y definida.

La sangre brotante por causa de las incisiones se controla, o se trata de controlar, mediante el uso constante de una esponja.

Estética «irezúmica»

La estética de un tatuaje japonés es admirable: la delicadeza de las líneas, la fuerza del diseño, casi diríamos su atrevimiento y la combinación estupenda de colores: el *sumi* o tinta china, que cuando se introduce en la piel va con el tiempo perdiendo su negrura y se vuelve azul. El amarillo, el verde, el azul claro y el rojo tenue, son colorantes tan fuertes y tóxicos, que el *irezumizado* los soporta, pese a su letalidad, para que coloren semanalmente superficies pequeñas, apenas de una o de dos pulgadas; pero todo se aguanta por la belleza de la coloración resultante.

Es necesario tener presente, sin embargo, que el *irezumi* no es, como suele ser el tatuaje en Occidente, adorno que se pone o se añade al cuerpo; no; el *irezumi* es un conjunto estilístico, una totalidad estética, es belleza holística (del griego *holos*, todo), una genuina obra de arte, que dicho sea de paso no se completa en unas cuantas semanas, sino en varios meses e inclusive puede demorar un año.

Los más bellos «irezumis»

Concuerdan los entendidos en que los más bellos *irezumis* son los que han lucido y lucen celebradas cortesananas. Es conocido el hecho de que un artista de talla prócer como Utamaro haya realizado magníficos diseños *irezúmicos* para que los ostenten las mejores cortesananas, naturalmente.

Hay cortesananas que se han hecho tatuar una serpiente (clarísimo símbolo fálico) enroscada en la entrepierna y con la cabeza dirigida a la vulva, en busca de refugio.

Algunos varones, muy bien dotados y de gran potencia, se hacen tatuar el pene; pero el miembro sólo se puede tatuar debidamente si está erecto, y no con simple erección, sino con erección férrea, que no deberá cesar, sino, antes bien, acrecentarse en el momento muy doloroso de los cortes a punta de cincel trifiludo.

Comprenderán fácilmente los lectores que una operación así está reservada únicamente para unos cuantos elegidos. Como el Aureliano de *Cien Años de Soledad*, que podía llevar «*en equilibrio una botella de cerveza sobre su masculinidad inconcebible*».

Bibliografía sobre el tatuaje

- [1] BLOCH, Iwan. *La Vida Sexual Contemporánea*. Prólogo de Gregorio Marañón. Apéndice de César Lombroso. Buenos Aires, Ediciones Anaconda, 1942. 170-202: [Del colorar, pintar y tatuar la piel, y del vestir,]
- [2] BRENNINKMEYER, Ingrid. *The Sociology of Fashion*. París, Librairie du Recueil Sirey, 1963. 18-29: “The decoration theory.”
- [3] BRYK, Félix. *Voodoo-Eros. Ethnological studies in the sex-life of the African aborigines*. Nueva York, United Book Guild, 1964. 58-67: “Decoration of the skin.”

- [4] CIRLOT, Juan Eduardo. *Diccionario de Símbolos*. Nueva edición, revisada y ampliada por el autor. Barcelona, Editorial Labor, S.A., 1969. s.v. “Tatuajes”.
- [5] COOK, James. *Relación de su Primer Viaje alrededor del Mundo durante los Años 1768, 1769, 1770 y 1771*. Traducido del inglés por M. Ortega y Gasset. Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1944, 3 tomos.
I, 199-201: [Tatuaje: *tattoo*, como dice Cook, quien es el primero en mencionar este término y en describir la práctica correspondiente. Sin embargo, según Corominas, el mismo año de la mención de Cook, o sea en 1769, hizo lo propio Bougainville. Pero Jenkinson, que es la autoridad en este asunto, dice que el primer mencionante fue Cook.]
- [6] COROMINAS, Joan. *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*. Berna, Editorial Francke, 1954-1957, 4 tomos.
IV, s.v. “Tatuar”.
- [7] HOEBEL, E. Adamson. *El Hombre en el Mundo Primitivo*. Barcelona, Ediciones Omega, S.A., 1961. c. 14: “Vestido y adorno.”
- [8] JENKINSON, Constance. “Tatuing.” *ERE*, XII, 208a-214a.
- [9] LOWIE, Robert H. *Antropología Cultural*. México, Fondo de Cultura Económica, 1947. c. 6: “Vestidos y adornos.”
- [10] LUBBOCK, John. *Los Orígenes de la Civilización y la Condición Primitiva del Hombre*. Buenos Aires, Editorial Albatros, 1943. c. 2: “Arte y adornos.”
- [11] MORITA, Ichiro. *Irezumi. Japanese Tattooing*. Ensayo Introductorio de Donald Richie. Tokio, Tokyo

Zuhushinsha, 1966, 141 pp., il. (La numeración de las páginas es inversa; es decir, la que debiera ser la página número 1, resulta la página número 141; la 2, la 140, y así sucesivamente.)

- [12] NICOLAÿ, Fernando. *Historia de las Creencias, Supersticiones, Usos y Costumbres*. Barcelona, Montaner y Simón, Editores, 1904, 3 tomos. I, 46-50: [Tatuaje.]
- [13] RACHEWILTZ, Boris de. *Eros Noir. Moeurs sexuelles de l'Afrique de la préhistoire à nos jours*. Milán, Éditions de La Jeune Parque, 1965. 129-130: "Tatouages et scarifications."
- [14] ———. *Eros Negro. Costumbres sexuales en África desde la prehistoria hasta nuestros días*. Barcelona, Sagitario, S.A. de Ediciones y Distribuciones, 1967. 129-134: "Tatuajes y cortes."
- [15] TÜLLMAN, Adolf. *Vida Amorosa de los Pueblos Naturales*. Barcelona, Ediciones Corona, 1963. c. 16: "Los adornos."
- [16] VEGA, Vicente. *Diccionario de Rarezas, Inverosimilitudes y Curiosidades*. Segunda edición. Barcelona, Editorial Gustavo Gili, S.A., 1962. s.v. "Tatuaje", 548b-549a, números 2944 y 2945.
- [17] VERRILL, A. Hyatt. *Costumbres y Creencias Raras*. Barcelona, Ediciones Destino, 1958. c. 3: "Tatuajes y tabús."
- [18] [VIAGERO UNIVERSAL.] *El Viagero Universal, o Noticia del Mundo Antiguo y Nuevo*. Obra recopilada de los mejores viageros, por D.P.E.P. Tomo XVI. Madrid, Imprenta de Villalpando, 1798. 258-261: [Tatuaje, o como se decía entonces, *tatu*. Es versión resumida de lo expuesto por Cook sobre el particular.]



Kintaro y su madre
(Diseño de Horiuno)

VII

El único vicio saludable

*Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con los ojos a los muertos.*

(Francisco de Quevedo)

*Si no lees durante tres días,
entonces tus palabras
resultarán insípidas.*

(Proverbio chino)

*«¡O fruición del entendimiento! ¡O tesoro
de la memoria, realce de la voluntad,
satisfacción del alma, paraíso de la vida!
Gusten unos de jardines, hagan otros
banquetes, sigan éstos la caza, cévense
aquellos en el juego, rozen galas, traten
de amores, atesoren riquezas, con todo
género de gustos y pasatiempos; que
para mí no ai gusto como el leer, ni
centro como una selecta librería.»*

(Baltasar Gracián)

Refiere Diodoro Sículo, o Diodoro de Sicilia, historiador griego del siglo primero antes de Cristo, que en la entrada de la biblioteca del monarca Osimandias, de Egipto, había una

inscripción que decía: *Medicina ánimi*. Para Osimandias, el libro era pues remedio del espíritu, medicina del alma.

Se trata, empero, de una medicina que, curiosamente, satisface un vicio; sólo que un vicio saludable, el único vicio saludable: el de la lectura. (*) Uno se envicia saludablemente con la lectura cuando ésta es sostenida, constante y voraz. Porque no les quepa duda, hay lectores voraces, voracísimos, que por decirlo así padecen de bulimia lectural, y, en consecuencia, viven acosados por un hambre canina, un apetito insaciable, una gana extraordinaria y nunca satisfecha de leer.

Quevedo y Feijoo

Como Quevedo, que sazónaba siempre su comida con la lectura, y que ni aun cuando iba por la calle dejaba de leer. Otro que también leía durante las comidas era el Padre Feijoo, el famoso erudito y monje benedictino del siglo XVIII. Siempre se le veía leyendo, siempre se le encontraba sentado y con un libro en la mano.

Frazer y Cuervo

El enciclopédico *Sir James George Frazer* leía de doce a quince horas diarias. Y lo mismo don Rufino José Cuervo, autor del admirable *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*. Hacia el final de sus vidas, ambos se quedaron ciegos.

Freud y los mordientes

Freud, según Jones, leía y asimilaba rapidísimamente, y además era la suya memoria muy retentiva. Seguramente porque su memoria se fijaba, como en tintorería los colores, con *mordientes* o sustancias fijadoras. En la lectura, son

(*) «*Vicio impune*», como se lee en la página 57 del libro de Jorge Basadre, *La Vida y la Historia*. Dicha expresión es del escritor francés Valéry Larbaud (1881-1957), que publicó en 1925 un ensayo titulado *Este Vicio Impune, la Lectura*.

los tales el *interés*, la *emoción* y la *atención obstinada*. (Esto de los *mordientes* es una observación muy buena de don Santiago Ramón y Cajal.) Y a propósito de la atención: dice Maurois no haber podido comprender nunca la siguiente frase célebre: «*Jamás he tenido un pesar que no haya sido calmado por una hora de lectura.*» «*Yo no puedo –observa Maurois– curar una pena con la lectura, porque cuando la siento soy incapaz de fijar mi atención en un libro. La lectura exige libertad de espíritu y atención disponible. Puede jugar un papel útil durante una convalecencia moral. Pero no creo que produzca esta convalecencia.*»

Menéndez y Pelayo

Gran lector, extraordinario, infatigable, fue don Marcelino Menéndez y Pelayo, que llegó a reunir una impresionante biblioteca de cuarenta mil volúmenes.

«*Recuerdo, por ejemplo –cuenta Marañón–, la impresión que nos hacía de muchachos el ver la multitud de libros que don Marcelino llevaba siempre en el bolsillo, cuando hacía su viaje en el tranvía de vapor a la playa del Sardinero; [...].*

«*Muchas veces le acompañamos sentados, silenciosamente, a su lado. Uno de sus biógrafos dice, informado por admiradores apasionados del maestro, que éste leía los volúmenes inagotables que exigía su sed de saber, de cabo a rabo y con minuciosa atención. Esto no es cierto. Sin duda se eternizaría leyendo y desmenuzando los libros fundamentales. Pero en las obras y documentos que le servían de información habitual o que tenía que leer por compromiso o con la esperanza de encontrar algún dato útil a su labor, es cierta, certísima, la fama de la asombrosa rapidez con que los devoraba.*

«*Un volumen corriente de 300 ó 400 páginas no duraba para su atención de lector más que unos quince a treinta minutos, y a veces menos. Con instinto maravilloso, agudizado por su experiencia de inigualado lector, sabía, desde que abría el volumen, dónde estaban esas dos o tres páginas esenciales que tienen todos los libros, ese ‘algo*

bueno' que contiene hasta el libro más malo, según la sentencia que don Quijote no inventó, pero sí inmortalizó. [...]

«El lector más atento de cualquiera de esas obras no podría dar cuenta de su contenido, después de varias horas de su lectura, como la daba el maestro, tras aquel vuelo rapidísimo sobre sus páginas, que tenía mucho de juego de mental prestidigitación.»

Seis días antes de morir, postrado don Marcelino en su lecho, víctima de una cirrosis atrófica, contempló melancólicamente los estantes repletos de su biblioteca, y exclamó:

«¡Qué lástima tener que morirme cuando me queda tanto por leer!» ()*

Balzac y Castelar

Balzac fue también lector notabilísimo y omnívoro, puesto que devoraba libros de toda clase: obras religiosas, de historia, filosofía, física, etcétera; y su mirada abarcaba siete u ocho líneas a la vez, y solía bastarle una sola palabra de la frase para captar su sentido. Su mente apreciaba el sentido con una voluntad similar a la de la mirada.

Igual capacidad tenía el célebre tribuno español Emilio Castelar, a quien le bastaba un vistazo para enterarse del contenido de cualquier impreso. La lectura de los diarios la hacía en unos cuantos minutos y sin que se le escapase ninguna idea importante; era como si su mente penetrase de un golpe, dice Morayta, toda una columna.

Bergier

Sin embargo, más asombroso que Balzac y Castelar fue Jacques Bergier, coautor de *El Retorno de los Brujos*, y

(*) Según Pedro Sáinz Rodríguez, lo que verdaderamente dijo Marcelino Menéndez y Pelayo fue que lamentaba tener que morir cuando le quedaba tanto **por hacer**, no por leer. (Cf. Marcelino Menéndez y Pelayo, *La Mística Española*. Edición y Estudio Preliminar de Pedro Sáinz Rodríguez. Madrid, Afrosio Aguado, S.A., 1956, 17.)

que era capaz de leer en ocho idiomas y con una velocidad supersónica, lo cual le permitía, en sólo cinco horas, leer tres obras inglesas y una francesa, o una francesa y una soviética, tres revistas y cinco o seis diarios.

Esta capacidad estupefaciente de Bergier fue científicamente comprobada en el laboratorio en 1966. Se comprobó, en efecto, que Bergier podía leer dos millones de signos tipográficos por hora. Ello no obstante, si el libro le disgustaba, entonces tardaba más que el lector común. Tardó, por ejemplo, dos meses en leer *Mein Kampf*, de Hitler.

Taine

Hipólito Taine, según Pompeyo Gener, ya había leído varias bibliotecas a los veintitrés años de su edad. Tenía la pasión de leer y su vida fue una lectura y una observación continuas; y si alguna vez dejó de observar o de leer, fue para escribir.

«Al leer –dice Gener–, digería lo leído. Sus libros tenían los márgenes llenos de notas, de citas, de digresiones, de comentarios. Muchas de las páginas impresas de éstos, estaban marcadas de rojo, de azul o de negro, con una o varias rayas, rectas u ondulantes, signos convencionales que él solo entendía, especie de jeroglíficos que le recordaban determinadas impresiones e ideas que los dichos libros le habían sugerido.»

Bartrina

Otro peramante (*) de la lectura fue el poeta español Joaquín María Bartrina.

(*) Como prefijo de intensidad, y tanto en latín cuanto en español, *per-* encarece la idea que encierra la palabra simple a la que va unido; verbigracia, *peramicus*, muy amigo, amicísimo.

Brevi, sin *per*, significa en poco tiempo, pero con *per*, o sea *perbrevi*, significa en muy poco tiempo.

Turbar y *perturbar* no significan lo mismo. Con *perturbar* expreso mucho más. *Turbar*, por ejemplo, el orden público es alterarlo. *Perturbar* el orden público es trastornarlo completamente.

Peramante, dije, y dije bien, pues Bartrina, por leer, se olvidaba de comer y hasta de dormir; y como leía de todo, lo que se llama *de todo*, un día se leyó un *Manual del Sombrerero* y un *Tratado de manejar la Lanza*.

Tucci, Sartre y Mussolini

El famoso orientalista italiano Giuseppe Tucci fue otro lector excepcional. Dice Fosco Maraini que Tucci no leía propiamente los libros, sino que los araba, es decir, los removía devoradoramente con los ojos, en una suerte exótica de lección agrícola.

En las conversaciones entre Sartre y la Beauvoir, siguientes a *La Ceremonia del Adiós*, declara Sartre haber sido un maniático de la lectura. «*Leía mucho –dice–. Me interesaba todo. La lectura era mi entretenimiento preferido: era un maniático de la lectura.*»

Creo que Mussolini ha sido, entre los estadistas, el que ha leído más. Leía cinco o seis libros mensuales, o sea unos setenta al año; y no sólo en su propio idioma, sino también en inglés, francés y alemán.

Cuatro horas diarias

El que esto escribe opina que uno debe leer *cuatro horas diarias*, por lo menos.

Ello equivale a unas ochenta o cien páginas de un libro en octavo. Si el libro es en cuarto, y muy lenta la lectura, como me ocurrió a mí cuando leí el Diccionario de la Academia, deseoso de hallar errores, erratas, deficiencias y omisiones, entonces el número de páginas leídas disminuye, naturalmente.

Y a propósito de los libros en cuarto: *Lord Chesterfield* los leía en las tardes; los infolios, en las mañanas; y los libros en octavo, en las noches. Es decir, primero lo más difícil, cuando uno está despejado y la atención es vigorosa, lo cual suele ocurrir en las mañanas. Después, lo menos arduo; y finalmente, lo más fácil.

Lectura horizontal y lectura vertical

Desde luego que el número de páginas leídas no sólo disminuye porque el libro sea grande. Disminuye también si la lectura es *vertical*. Generalmente, la lectura es *horizontal*, es un patinar sobre las palabras; pero cuando es *vertical*, o sea cuando uno se demora pensando y repensando cada frase y dando veinte vueltas al asunto, cuando la lectura es un fértil buceo sin escafandra, como decía Ortega y Gasset, esto es, la inmersión en el pequeño abismo que es cada palabra; cuando es así la lectura, entonces el número de páginas leídas es menor, claro está.

Por otra parte, aunque uno lea con rapidez, hay ciertas cosas que no pueden ser leídas rápidamente, o mejor dicho, que no deben serlo; verbigracia, la poesía. (Así me lo dijo, y con razón, el poeta Washington Delgado.)

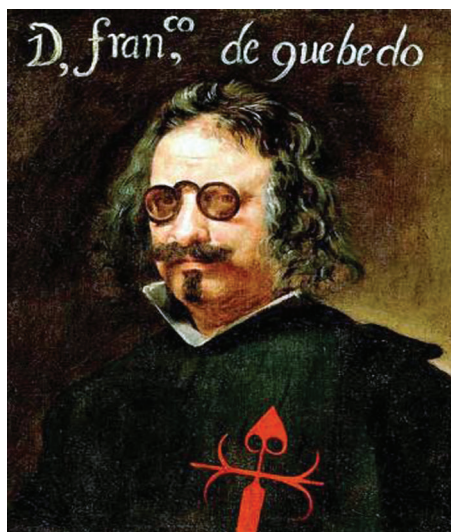
La principalía de un libro, según los aborígenes neozelandeses

Sabido es que escasean los lectores, lo que se llama *lectores*, al paso que abundan los no-lectores. Para éstos, el libro significa lo mismo que para los nativos de Nueva Zelanda. Para los nativos de Nueva Zelanda, lo más importante, lo característico, lo principal de un libro, es que se abre y que se cierra. Por eso lo llaman almeja.

Fuentes

Pedro Laín Entralgo, *La Aventura de Leer*. Segunda edición. Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1964, 30. / Luis Jaime Cisneros, «Insistiendo sobre el barroco». En: Margarita Guerra Martinière, César Gutiérrez Muñoz y Oswaldo Holguín Callo, Editores, *Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Fondo Editorial de la PUCP, 2002, 413, n. 8 / Guillermo Dañino, *La Abeja Diligente. Mil Proverbios Chinos*. Lima, Editorial Bruño, 2000, proverbio 381. / Vicente Vega, *Diccionario*

Ilustrado de Frases Célebres y Citas Literarias. Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1966, s.v. «Libros», a.1. / Pedro Laín Entralgo, o.c., 30, n. / Gregorio Marañón, *Obras Completas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1970, V, [320]-321. / Abram Kardiner y Edward Preble, *They studied Man*. Nueva York, Mentor Books, 1963, 79. / Francisco García Calderón, *Profesores de Idealismo*. París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, 1909, 77-83: «Con el filólogo Cuervo.» / Ernest Jones, *Vida y Obra de Sigmund Freud*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1959-1962, III, 447. / Santiago Ramón y Cajal, *El Mundo Visto a los Ochenta Años*. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1941, 44. / André Maurois, *Sentimientos y Costumbres*. Novena edición. Buenos Aires, Librería Hachette, 1951, 199-200. / Gregorio Marañón, *Obras Completas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1967, III, 537. / Vicente Vega, *Diccionario Ilustrado de Anécdotas*. Barcelona, Gustavo Gili, 1965, s.v. «Lectura», a. 1947. / Teófilo Gautier, *Madama de Girardin y Balzac*. Buenos Aires, Editorial Glem, 1943, 55. / Miguel Morayta, *Juventud de Castelar*. Edición para América, corregida y aumentada. París y México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1902, 14-15. / François Richaudeau, «Usted puede aprender a leer con mayor rapidez». *Planeta*, 1966, N° 12, 151-158. / Pompeyo Gener, *Amigos y Maestros*. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1915, [105]-106, 297. / Fosco Maraini, *El Desconocido Tibet*. Barcelona, Aymá, 1952, 18. / Simone de Beauvoir, *La Ceremonia del Adiós, seguido de Conversaciones con Jean-Paul Sartre*. Barcelona, Edhasa, 1982, 259. / Giovanni de Luna, *Mussolini*. Barcelona, Salvat, 1986, 106. / [Lord Chesterfield], *Cartas Completas de Lord Chesterfield a su Hijo Felipe Stanhope*. Segunda edición. Havre, Imprenta de Alfonso Lemale, 1845, II, 328. / José Ortega y Gasset, *Obras Completas*. Madrid, Revista de Occidente y Alianza Editorial, 1946-1983, VII, 318.



Francisco de QUEVEDO y Villegas
(1580-1645)
(Retrato atribuido a Diego Velázquez, 1599-1660.)



Benito Jerónimo FEIJOO
(1676-1764)

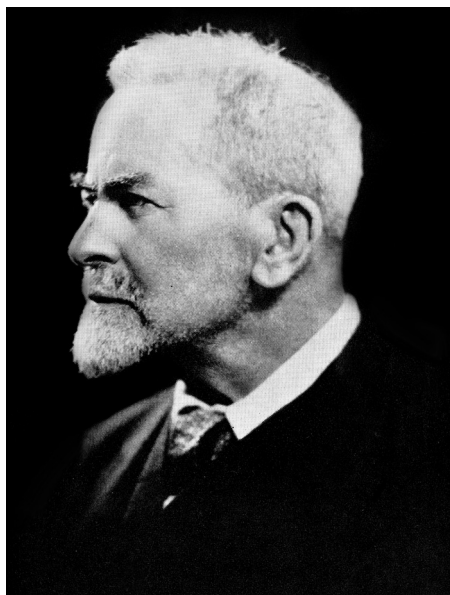


Honoré deBALZAC
(1799-1850)

(En esta curiosa acuarela de Théophile Gautier,
1811-1872, pueden verse de izquierda a derecha,
a Balzac, al actor Frederick Lemaître y al mismo Gautier,
en animada conversación y luciendo atavíos propios de la época.)



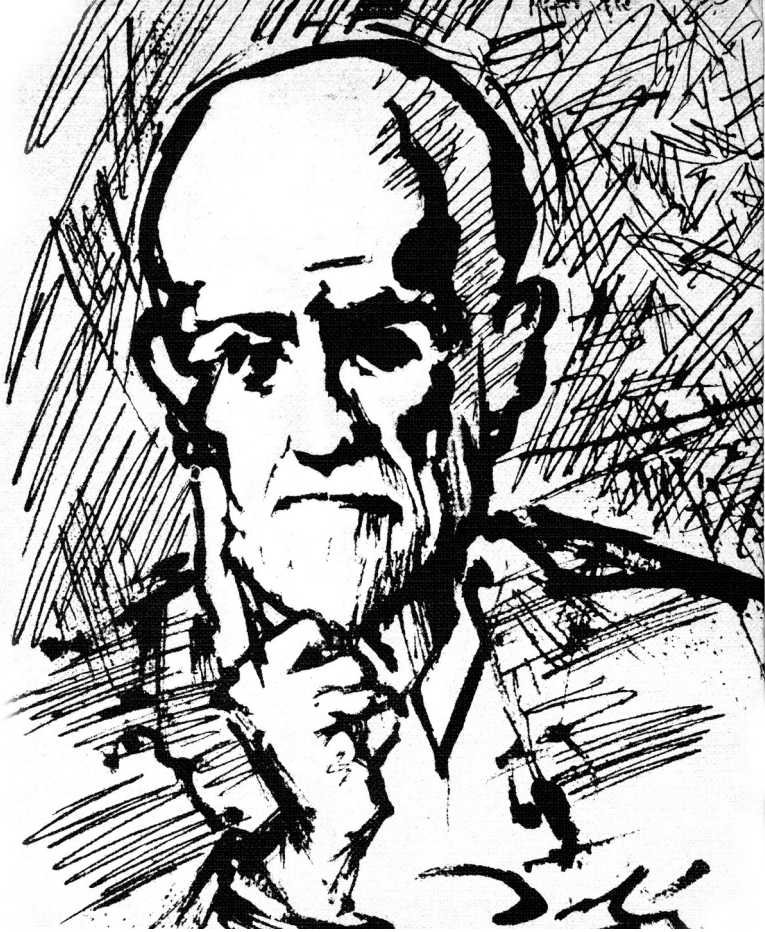
Rufino José CUERVO
(1844-1911)



James George FRAZER
(1854-1941)



Marcelino MENÉNDEZ Y PELAYO
(1856-1912)
(Retrato al óleo -de 1908- por Joaquín Sorolla,
1863-1923.)



Sigmund FREUD
(1856-1939)

(Dibujo de Salvador Dalí, 1904-1989. Es un dibujo muy bueno, pero prácticamente desconocido.)



Jean-Paul SARTRE
(1905-1980)
(Fotografía tomada el 2 de agosto de 1947.)

VIII

Semántica de la identidad

*«¿Identidad del individuo?
Quimera: no poseemos un alma
única, sino una serie de almas; no
somos un hombre idéntico, sino
muchos hombres sucesivos. En lo
profundo de nuestro ser, todos
hemos visto nacer y morir muchas
personalidades, todos representamos
una larga cadena de individuos
diversos y aun contradictorios.
Una personalidad nace hoy donde
otras murieron ayer: cada uno
de nosotros quedaría figurado
exactamente por una cuna
circundada de sepulcros.»*

(Manuel González Prada, *Obras*.
Prólogo y notas de Luis Alberto
Sánchez. Lima, PETROPERÚ,
Ediciones Copé, 1985, I, 347.)

*«Y amo a los mil hombres
que hay en mí, que nacen
y mueren a cada instante
y no viven nada.»*

(Martín Adán, *La Casa de Cartón*, 54.)

Significado de identidad

1) Cualidad de idéntico.

Idéntico significa igual, lo mismo. Voltaire decía por eso que en francés *mêmeté*, mismidad, era designación perfectamente admisible de identidad. La *identidad* es la mismidad, o mejor dicho, la *mismedad*, porque según la Real Academia Española, cuando el adjetivo primitivo es bisílabo, el sufijo del nombre abstracto correspondiente es *-edad*, y no *-idad*; verbigracia, de *corto*, *cortedad*; de *leve*, *levedad*; de *otro*, *otredad*. (Sin embargo, no se dice *puredad*, sino *puridad*. Aún más: la misma Academia, contraviniendo la regla general, no dice, como debiera, *mismedad* sino *mismidad*. Lo viene diciendo desde la vigésima edición de su Diccionario, o sea desde 1984.) Cuando el adjetivo primitivo es de más de dos sílabas, el sufijo del abstracto es *-idad*; verbigracia, *animalidad*, *generosidad*, *nacionalidad*. (Sin embargo, no se dice *complementaridad*, sino *complementariedad*, porque los adjetivos terminados en *-io* forman su derivado en *-iedad*, con la excepción de *solidario*, ya que no se dice *solidariedad*, sino *solidaridad*.)

2) El segundo significado de *identidad* se refiere al *principio lógico de identidad*, que en realidad es el *principio ontológico de identidad*. (La *ontología* es la parte de la metafísica que concierne al ser en general y a sus propiedades trascendentales; lo *ontológico* es lo relativo al ser.)

¿Qué dice este principio? Dice: *Todo objeto es idéntico a sí mismo*. La fórmula es: $A = A$, A es A .

3) El tercer significado de *identidad* es jurídico. *Identidad*, en este sentido, es el hecho de ser una persona o cosa la misma que se supone o se busca.

Este sentido de *identidad* es el que utiliza el Registro Nacional de Identificación y Estado Civil. El Documento Nacional de Identidad (DNI) es el que sirve para acreditar la personalidad del titular y va provisto de sus generales de ley, de su retrato, de su firma, de la

impresión dactilar del índice derecho y de un código único de identificación.

4) El cuarto significado de identidad es matemático.

Identidad es la igualdad que se verifica siempre, sea cualquiera el valor de las variables que su expresión contenga.

Para que esto sea fácilmente comprensible, llevémoslo a un terreno no matemático.

Los individuos de la especie *Homo sapiens*, es decir, los seres humanos, tienen dos ojos. (No tomo en cuenta, claro está, a los cíclopes de la mitología griega, esos gigantes con un solo ojo en la mitad de la frente.)

Los seres humanos, repito, tienen dos ojos; ésa es una igualdad que se verifica siempre. Ocurre, sin embargo, que los ojos de los seres humanos *varían* en cuanto al color, la forma y el tamaño. En consecuencia, el color, la forma y el tamaño son las *variables* oculares. En cambio, la tenencia de dos ojos es una igualdad que se verifica siempre; por lo tanto, es una *constante*.

Los ojos identifican absolutamente a su dueño. En efecto, hasta ahora no se ha hallado ni un solo ser humano que tenga un par de ojos exactamente iguales a los de otro ser humano. Antes se creía que ocurría lo mismo con las huellas dactilares, pero la ciencia ha desautorizado esa creencia, puesto que se han descubierto seres humanos distintos pero con las mismas huellas dactilares.

Cuando los psicólogos y los investigadores sociales nos dicen que cada uno de nosotros tiene una *identidad* y que debemos buscarla, y que los pueblos, no sólo las personas, son así mismo tenedores o tenientes de una *identidad*, se están refiriendo a *constantes*, esto es, a igualdades verificables siempre. El problema es, desde luego, discernir en cada caso las respectivas *constantes* para establecer las *identidades* correspondientes.

Identificar, identificarse

Fijemos ahora la consideración, después de haberla fijado en los cuatro significados del sustantivo *identidad*, fijémosla en el verbo transitivo *identificar* y en el pronominal *identificarse*.

1) El primer significado de *identificar* es hacer que dos o más cosas distintas aparezcan y se consideren como una misma cosa.

El zambo, el mulato y el moreno son distintos, pero yo puedo identificarlos y hacer que aparezcan y se consideren miembros de la raza negra, sin serlo, realmente.

Esta identificación se ve ya desde el trato, porque uno les dice: «Oye, negro», o «Fíjate, negro»; o sea que uno, en el mismo trato, ya los está negreando, es decir, ya los está identificando con los negros propiamente dichos, aunque ni el zambo, ni el mulato, ni el moreno son negros propiamente dichos, pero resultan siéndolo gracias a la identificación.

2) El segundo significado de *identificar* es reconocer si una persona o cosa es la misma que se supone o se busca.

Por ejemplo, la Policía busca a un delincuente y hay un solo testigo que lo ha visto. Entonces, por la descripción que hace este testigo, la Policía comienza a hacer el *identity kit*, o *identification kit*, o más comúnmente (es la forma contracta), el *identikit* del delincuente, vale decir, la delineación reconstructiva de su imagen, la que naturalmente se va perfeccionando con el aporte de nuevos datos y señales. Hasta que llega un momento en que el testigo, viendo el *identikit*, exclama: «¡Así era!» Cuando exclama eso es que *ha identificado* al delincuente.

3) El tercer significado concierne al pronominal *identificarse*, esto es, reducirse en la realidad a una sola cosa varias diferentes. Por ejemplo:

«En los desbordes emotivos y en las demasías del afecto, en las exaltaciones y en los entusiasmos, el

entendimiento y la voluntad se identifican entre sí y se identifican igualmente con el espíritu.»

Es decir, todas esas cosas, que son distintas, terminan siendo una sola, porque *se identifican*.

4) El cuarto significado es el de la frase *identificarse uno con otro*; o sea, llegar a tener los mismos propósitos, deseos, creencias y principios que él.

Cuando nos referimos a la *identidad* de un grupo étnico o de un pueblo, nos referimos a ese conjunto recién dicho. Y la *identidad* de cada uno de los integrantes está así mismo constituida por ese conjunto. Cuando éste deja de ser una *constante*, sobreviene inevitablemente la *crisis de identidad*. El individuo se desorienta, se confunde y todo se le trastorna. Cuando esta ocurrencia, primero individual, llega a ser posteriormente colectiva, se produce entonces lo que Durkheim llamaba la *anomia*. La *anomia* no es sólo la ausencia de normas o de leyes, o la desorganización social, sino la *pérdida de la identidad*.

Identidad y autoctonía

Para mí, un elemento esencial en la determinación de la identidad nacional es el propio terruño, la tierra de uno, la tierra natal, la patria, o como decía Unamuno, la *matria*. Vivir y residir en la *matria* o en la patria es fundamental en relación con la identidad. El sentimiento de autoctonía es indesligable de ella. Vivir cincuenta años fuera del país, *desnacionaliza* a cualquiera, Tal el caso de Ima Súmac, a quien yo jamás he sentido *connacional*. Su familia habrá sido de Cajamarca y ella habrá nacido en el Callao; pero igual pudo haber nacido en Michoacán o en las Islas Galápagos; yo no la siento peruana, ni tampoco siento *lo nuestro* en las cosas que ella canta. Repito: medio siglo de residencia en el extranjero *desnacionaliza* a cualquiera. Pero a veces la desnacionalización permite hacer fortuna. La fortuna de Ima Súmac supera los 40 millones de dólares, según veo en un artículo de Felipe Burga Delgado, muy

informativo y muy bien ilustrado. (Cf. *La Batuta*, 2005, Noviembre, 2:3, 4.)

Otro caso aducible es el de Ventura García Calderón, quien regresó al Perú después de cuarenta años de ausencia. Nadie lo sentía connacional, y ni siquiera se acordaban de él. Recuerdo haberlo visto, tomando café en el Bar Zela, a las once de la mañana, solito, a mediados de la década de 1950. Por entonces le disgustó muchísimo un artículo que publicó Sebastián Salazar Bondy, quien entre otras cosas decía que Ventura había aterrizado por estos lares en pleno ocaso ¡Qué sentimiento de autoctonía iba a tener Ventura García Calderón después de tantos años de ausencia!

Mario Vargas Llosa nació en Arequipa, pero es «*ciudadano del mundo*», como él mismo dice. Para mí no es un connacional.

IX

El raje

Maledicencia es la acción y efecto de hablar mal de alguien y desacreditarlo. Equivale por lo general a *raje* y éste a *murmuración*, en la tercera acepción de *murmurar*, esto es, hablar de un ausente, censurando sus acciones.

El *chisme*, desde luego, se relaciona también con la *murmuración*, el *raje* y la *maledicencia*. ¿Qué es el *chisme*? Según la Academia: «Noticia, o comentario, verdadero o falso, con que generalmente se pretende indisponer a unas personas con otras, o se murmura de alguna.»

Carlos Alberto Segúin decía que el vocablo *chisme* tenía el mismo origen griego de *cisma* y *esquizofrenia*, voces procedentes de *schizo-*, y éste de *schizein*, que en griego significa *cortar, separar, dividir*. Por eso la Academia dice que el *chisme* pretende indisponer a unas personas con otras, separarlas, enfrentarlas, desunirlas, desarmonizar su relación. Pero no siempre es ésa la intención del *chisme*, ni tampoco el *chisme* es exactamente lo mismo que el *raje*, ni el *raje* equivale precisamente a la *murmuración*. Pero claro está que todos estos conceptos se emparentan muy estrechamente. El concepto central es el de hablar mal de un ausente, censurándolo y desacreditándolo. Esta *maledicencia* alcanza en el *raje* una intensidad y violencia que la *murmuración* y el *chisme* no tienen. Nótese que *rajar*, en sentido recto, es dividir en *rajas*, y *raja* es cada una de las partes de un leño que resulta de abrirlo con un hacha. *Rajar* es, pues, *hender, partir, abrir*. El *raje* es por lo tanto hiriente y vulnerativo. La *murmuración* y el

chisme pueden ser y de hecho son molestos e incómodos, pero ni la una ni el otro tienen la violencia denigrativa y pulverizante del *raje*.

Sostengo –y en serio– que el *raje* nos es necesario. ¿Por qué? Porque nos permite expresar lo que las convenciones sociales normalmente no nos permiten. Por ejemplo, las convenciones sociales no permiten la absoluta franqueza en el trato con los demás, pues ello traería consigo mil y uno problemas y dificultades. Cuentan los biógrafos de Émile Zola que el haber sido este gran novelista tan franco y directo en sus relaciones con los demás, le ocasionó muchos contratiempos. Cuando le presentaban a alguien y él advertía que se trataba de un estúpido, interrumpía inmediatamente el diálogo y le decía a su interlocutor: «Señor, no puedo seguir hablando con usted, porque usted es un estúpido.» Nosotros, en la vida diaria, no podemos tener esa franqueza, porque estaríamos peleando todo el día. Pero en el *raje* nos desquitamos y decimos: «Ah, ¿fulanito? Bueno, ése es un estúpido.»

El *raje* es pues útil. Es un desahogo ante las restricciones e imposiciones de la vida social. Véase a continuación cómo se desahogó cierta vez –rajando– don Julio Caro Baroja (1914-1995), célebre historiador y etnólogo español. La víctima fue el muy mentado escritor madrileño Francisco Umbral. Le preguntaron a Caro Baroja en una entrevista por qué no escribía con más frecuencia en el diario *El País*. Y entonces dijo:

«–Es que me repugna escribir en un sitio donde escribe Francisco Umbral.

«–¿No le agrada el señor Umbral?

«–No es que me agrada o que no me agrada, es que me parece un idiota. Creo que es una impostura el compararle con Larra, es una solemne bobada. Y no es que a mí, precisamente, me fascine Larra; pero reconozco que fue un escritor importante, con una calidad y con un estilo que Umbral no tiene.»

(Lola Díaz, «Entrevista con Julio Caro Baroja». *Playboy*, 1982, marzo, N° 41, 30c.)

Otro rajón de primera fue el escritor venezolano Rufino Blanco Fombona (1874-1944), que se despachó a gusto cuando hubo de entrevistarle el poeta arequipeño Alberto Guillén (1897-1934). Parifico en seguida.

«-¿Qué le parece *Linares Rivas*?

«-*El más mediocre de los mediocres.*

«-¿Y *Palacio Valdés*?

«-*Un Linares Rivas de la novela. Ambos sirven para uso de las señoritas de la clase media, que es media en todo. Ni Palacio Valdés ni Linares Rivas son de una estupidez absoluta; son peor que eso: son mediocres.*

«-Y *Sanchiz*, ¿qué opinión le merece?

«-*Ninguna. Yo puedo ver, aun sin quererlo, a un corpúsculo como Linares Rivas, pero mis lentes no son microscopios para descubrir microbios.*»

(Alberto Guillén, *La Linterna de Diógenes*. Segunda edición, aumentada. [Madrid], «La Aurora Literaria», 1923, [134]-135.)

El escritor y sociólogo español Francisco Ayala, residente varios años en la Argentina, refirió en una reunión en casa de Adolfo Bioy Casares, a la que concurren Jorge Luis Borges y Lisi Justo, que cuando Juan Ramón Jiménez enseñaba en la Universidad, rajaba cual ninguno de ciertos personajes que por lo demás eran siempre los mismos. Decía: ¿«*Azorín? Buen sinvergüenza es Azorín. Un vendido. ¿Y Unamuno? Un genuflexo. ¿Y el delicado poeta Antonio Machado? Un hombre que vivía en medio de la mugre. Como nunca en la vida se había descalzado, la suela y las plantas de los pies se le habían unido. Estaba herrado y caminaba como un ánade.*» (Adolfo Bioy Casares, *Borges*. Buenos Aires, Grupo Editorial Planeta / Ediciones Destino, S.A., 2006, 189.)

X

Falo y depresión

El falo es vital, fértil, pujante y agresivo; y tiene por ello, claro está, una significación eminentemente antidepresiva.

En épocas de depresión como la nuestra, en que todo está hundido y deshecho y en que reina soberano lo que se ha llamado «*el resentimiento atávico de la bestia contra la cultura*», razón por la cual la oligofrenia es meritoria y la animalidad cotizadísima y el embrutecimiento galopante; en una época así, con la verdad muda y la mentira trilingüe, según frase gracianesca; época de absoluta bajura existencial, en que dan ganas, como decía Henry Miller, de meterle una bomba por el culo al universo, se puede al menos tener el consuelo de que, no obstante estar uno, en general, caído, hay algo que está erecto; y el saber que uno tiene una cosa única que no sucumbe y que por lo tanto es un elemento afirmativo de la existencia, hace precisamente más llevadera esta existencia. Porque con esta sola cosa erecta que tenemos, acaso podamos mirar con menos pesimismo el futuro y hasta podríamos encarar con algún optimismo el porvenir incierto.

XI

Anécdota dictatorial

El dictador venezolano Antonio Guzmán Blanco (1829-1899), encarnación del autoritarismo drástico, pronunció una frase célebre en su lecho de muerte. Al pedirle su confesor que perdonara a sus enemigos, respondió:

«No puedo; los he matado a todos.»

Esta anécdota consta en el libro de Jacques Bainville, *Los Dictadores*. Al cabo de muchos años he releído esta obra y sigo juzgando admisibles las palabras liminares del autor.

«La dictadura –dice Bainville– es como muchas cosas. Puede ser la mejor o la peor de las formas de gobierno. Hay excelentes dictaduras. Las hay detestables. Buenas o malas, ocurre, por lo demás, que con frecuencia las imponen las circunstancias. Entonces los interesados no eligen. Soportan.»

También me siguen pareciendo juiciosos los párrafos finales de la Conclusión.

«Eckermann preguntaba un día a Goethe –escribe Bainville– si la humanidad no vería el fin de las guerras. ‘Sí’, respondió el olímpico de Weimar, ‘con tal de que los gobiernos sean siempre inteligentes y los pueblos siempre razonables’.

«Otro tanto diremos de las dictaduras. Se evitan cumpliendo las mismas condiciones. Pero los buenos gobiernos son raros. Y Voltaire dijo que el grueso del género humano ha sido y será siempre imbécil.»

El auténtico dictador es transparente en su conducta y jamás se avergüenza de ser abusivo y despreciador sistemático y obstinado de la democracia y las leyes.

Los dictadores de la antigüedad eran así y por eso Flaubert, que los admiraba, decía que detestaba la dictadura moderna, porque era bestia y tímida, al paso que elogiaba a Heliogábalo y Nerón por la diafanidad de sus brutalidades y atropellos, y porque no se avergonzaban de cometerlos.

Seguramente Flaubert asentía gozoso a lo que el hagiógrafo dice en el siguiente pasaje:

«Conozco tus obras y sé que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Mas porque eres tibio y no caliente ni frío, estoy por vomitarte de mi boca.»
(Apocalipsis, 3: 15-16.)

XII

Grandeza y tamaño

Federico Guillermo I (1688-1740), llamado «El Rey Sargento», gobernante brutón, mazorrall y violento, oyó cierta vez que el profesor Baumgarten era un gran hombre. El rey creyó inmediatamente que mediría dos metros y que en consecuencia podría incorporarlo a su compañía de granaderos. Sépase que Federico Guillermo era famoso por el cuidado que ponía en los detalles castrenses y fue el creador de la Guardia de Gigantes de Potsdam, para la que hacía enganchar, e incluso robar, de toda Europa, a los hombres de mayor estatura.

Mandó, pues, que fueran a buscar al profesor a la Universidad, pero cuando vio que le traían a un sabio pequeño y viejo de frente ancha, exclamó espantado:

«¡Yo creía que era un hombre grande! ¡Pero si es una basura de hombre! ¡Que se vaya por donde ha venido!»

Guillermo II, descendiente de aquel rey, sobresalía también por sus luces. Un día, allá por 1910, decidió zanjar una disputa que se había producido en Berlín entre los sabios respecto a un busto de cuyo autor se dudaba. Unos lo atribuían a Leonardo y otros cuestionaban semejante atribución. Guillermo II se hizo llevar el busto, lo miró, y declaró en seguida:

«¡Ni una palabra más: es un Leonardo auténtico!»

Tolstói, que conocía bien a este personaje, se expresó así de él:

«El actual Emperador de Alemania, Guillermo II, es uno de los mayores imbéciles.»

Exabrupto que don Manuel González Prada tenía por verdad incommovible. (Cf. M. G. P., *Obras*, IV, 417-418.)

Gobernantes como los antedichos, zoócratas perfectos y abundantes siempre, me mueven a transcribir, por lo oportuna, una cita muy interesante de don Federico More.

«*Me envanece –dice More– el acierto de haber encontrado la palabra **zoocracia**. La descubrí en Chile y ella me sirvió para endulzar el destierro. Siempre tuve el ansia de escribir el libro que me sirviese para explicar lo que entiendo por **zoocracia**. No se trata solamente del gobierno de los animales. Éste es el sentido estrictamente etimológico del vocablo. Pero más allá de la etimología pura, está la Historia. Y, en el Perú, hay un momento histórico que sólo puede ser calificado con una palabra: **Zoocracia**. Durante dieciséis meses la Animalidad imperó en el Perú.*» (Federico More, *Zoocracia y Canibalismo*. Lima, Editorial Todo el Mundo, 1933, 5.)

Se conexiona íntimamente con la zoocracia el proceso de gorilización, o para decirlo con More, de *orangutanización hominal*. (Cf. Federico More, «Orangutanización hominal». *Mundial*, 1924, 4: 192, 16-17.)

XIII

Poquedad

Dícese *poquedad*, y antes se decía *poquedumbre* y *poqueza*, de la escasez y miseria, de la corta cantidad de una cosa. *Poco* significa escaso, limitado y corto en cantidad o calidad. Lo preclaro, por ejemplo, esto es, lo esclarecido, ilustre y digno de admiración, escasea, no abunda, es raro. Ya lo decía Cicerón: «***rarum id genus; et quidem omnia praeclara rara***» («género raro éste; verdad es que todo lo preclaro es raro»).

El lema del matemático y astrónomo alemán Karl Friedrich Gauss (1777-1855), que figuraba en su emblema, consistente en un árbol con algunos frutos, era éste:

«***Pauca, sed matura.***» («Poco, pero maduro.»)

Esto me recuerda que para referirse a los autores que escriben pocas obras, pero buenas, se usa la siguiente expresión latina:

«***Pauca, sed bona.***» («Poco, pero bueno.»)

Expresión en la que sin duda se inspiró Gracián al componer la máxima titulada «No cansar», y que consta en su *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*. Dice así:

«Suele ser pesado el hombre de un negocio y el de un verbo. La brevedad es lisonjera y más negociante. Gana por lo cortés lo que pierde por lo corto. Lo bueno, si breve, dos veces bueno. Y aun lo malo, si poco, no tan malo. Más obran quintas esencias que fárragos. Y es verdad común que, hombre largo, raras veces entendido: no tanto en lo material de la disposición, cuanto en lo formal del discurso. [...] Lo bien dicho se dice presto.»

Véase ahora la divisa, mote o lema de ese gran inconformista que fue Friedrich Nietzsche:

«Paucum mihi satis, unum mihi satis, nullum mihi satis.» («Con poco me conformo, con una sola cosa me conformo, con nada me conformo.»)

En su ensayículo «Sobre el estudiar y el estudiante», José Ortega y Gasset recuerda lo que solía decir San Francisco de Asís, a saber:

«Yo necesito poco, y ese poco lo necesito muy poco.»

Ricardo Palma, hablando de los *tres muchos* y de los *tres pocos*, se expresa como sigue:

«Tres muchos y tres pocos hunden a un hombre: mucho hablar y poco saber, mucho presumir y poco valer, mucho gastar y poco tener.»

Don José Gálvez, refiriéndose a su incursión en la política, decía:

«Uno es un poco lo que desea y dos pocos lo que quieren los demás.»

Al tratar, el que esto escribe, de la dimensión genital masculina, manifiesta, entre otras cosas, lo siguiente:

«Aunque la grandeza no es necesarísima, ni la pequeñez, maldita, lo cierto es que hay atributos de largor pasmante, y cosillas apenas perceptibles, que funcionalmente son, los primeros, de primera, y las otras, deficientísimas o nulas.»

*«Pareciera que en esto es menester no ponerse gracianesco, porque está visto que lo bueno, si breve, no es dos veces bueno. Una, si acaso, pero generalmente desirven las **‘quintas esencias’** encomiadas a otro propósito por Baltasar; y al contrario, sirve y hasta persirve el **‘hombre largo’** que Gracián desestima.»*

Aduciré ahora una poquedad singular, porque las otras que han sido dichas son normales. Me refiero al lema de la cocina italiana mencionado por Camba en su libro acerca del arte de comer. Helo aquí:

«**De lo buono, poco, ma questo poco, abbondante.**» («*De lo bueno, poco, pero este poco, abundante.*»)

Last but not least: desde hace ya varios años se ha convertido en odiosa muletilla la expresión *un poco como que*, significativa de *algo así como que*, o *aparentemente, a lo que parece*, o *según parece*; verbigracia: «*Hablaba muy lentamente, arrastraba las palabras; un poco como que no quería decirnos la verdad.*» Esto último se expresaría mucho más propiamente diciendo: «*parecía no querer decirnos la verdad.*». También es notorio el abuso de la locución adverbial *un poco*, denotativa de *algo*.

Ítem más: el uso de *un poco* en correlación con *un mucho* no rige en este país; o por mejor decir, casi no rige, porque yo suelo valerme de dicha correlación. Y a este propósito citaré el siguiente ejemplo de José Ortega y Gasset:

«*Son todos un poco tristes, porque son todos un mucho pobres.*»

Fuentes

DEHA, s.v. «Gauss», X, 233c-234a. / *Pequeño Larousse Ilustrado*, sección «Locuciones latinas y extranjeras». / *Moralistas Castellanos*. Edición de Ángel del Río. Clásicos Jackson, VIII, 465-466. / Stefan Zweig, *La Lucha con el Demonio*, 40. / José Ortega y Gasset, *OC*, IV, 547. / Ricardo Palma, *TP*, V, 388. / Julio Vargas Prada, *Los Mil y Un [sic (Uno)] Fantasmas de Lima, Apostillas literarias a la versión más autorizada* [del texto de José Gálvez, «Los mil y un fantasmas de Lima», incluido en la obra del autor, *Una Lima que se va*]. Lima, Editorial San Marcos, 1997, [7]. / Marco Aurelio Denegri, *De esto y aquello. Segunda Serie*. Lima, AEH, 2001, 63. / Julio Camba, *La Casa de Lúculo o el Arte de Comer*, 47. (En la cita de que se trata, dice Camba, impropriamente, o le hacen decir, no sé, «*abondante*». Lo propio, en italiano, es *abbondante*.) / Manuel Seco, *DDDLE*, segunda edición, s.v. «Un mucho». (Cito la segunda edición y no la última, porque en ésta no consta el artículo de que se trata.)

XIV

Potencia y poder

Arrechura y potencia

Las gónadas, o sea los testículos y los ovarios, pueden inflamarse; quiero decir, no en el sentido de alteración patológica, sino en el sentido figurado de enardecimiento.

Cuando se nos inflaman las gónadas sentimos vivo deseo sexual, gran apetito venéreo, incontenible arrechamiento.

La inflamación gonádica es creación de Gregorio Martínez.

«Digo mujer y de inmediato se me inflaman las gónadas, se me ponen lustrosas como unas brevas y siento un hormigueo agarradizo.»

Este hormigueo o arrechura, o como dice la Real Academia Española en su Diccionario, *arrechera* (no sé dónde se dirá así); este hormigueo, repito, o arrechura, atiesa el órgano, atiesamiento indicativo de estar el varón dispuesto y listo para la brincada. Tiene ganas y potencia. Lo demuestra, primeramente, por el solo hecho de la erección, y habrá de demostrarlo luego por el tiempo que la mantenga, esto es, por el retardamiento orgásmico.

Definiendo inmejorablemente la *potencia*, dijo en un burdel una doña muy baquiana y sabedora, que a la sazón tendría, de esto hace cincuenta años, unas mil quinientas o dos mil horas de cama; dijo: *«que esté duro y que dure»*. Don Julio Málaga Grenet habría llamado a la susodicha, *«la madre de tantos»*. De esta madre tan acogedora nos dejó Málaga Grenet una estupenda ilustración que se publicó en *Caretas*. (Véase, en la sección *Fuentes*, la segunda fuente.)

«*Que esté duro y que dure.*»

¡Claro, en eso consiste la potencia, en dureza y duración!

Si no está duro, entonces no hay potencia; y sólo la hay a medias si, estando duro, no dura.

La falta de dureza se llama *impotencia absoluta*; y la dureza sin duración, *impotencia relativa*. No uso la expresión *disfunción erectiva*, porque solamente conviene a lo primero, mas no a la segundo. Para lo segundo habría que decir *disfunción durativa*.

La impotencia relativa o eyaculación precoz está difundidísima. Lo malo es que las mujeres no se dan cuenta de ello, o lo que es peor, no quieren darse cuenta. Las más, ignoran la disfunción, o, conociéndola, se resignan.

Arrechura y potencia van de consuno, juntamente, en unión. De suerte que cuando digo *potencia*, digo también *arrechura*.

Por la arrechura se yerguen el pene y el clítoris; erguimiento que precisamente denota la voz *arrecho*, significativa de tieso o erguido; y *arrecho* procede del latín *arrectus*, participio pasivo de *arrigere*, enderezar, levantar, despertar, animar, excitar. *Arrecho* es vocablo muy antiguo en nuestro idioma y consta felizmente en el Diccionario de la Real Academia Española.

Arrechura y potencia

Puesto que el ser humano es mayoritariamente *naturaleza* (ochenta por ciento) y minoritariamente *artificialidad* o cultura (veinte por ciento), lo que pueda hacer en punto al sexo dependerá de la mayor o menor aptitud correspondiente con que venga al mundo.

Hay individuos naturalmente rijosos y prontos a las erecciones férreas, pues la programación genética lo quiso así; y hay otros, en cambio, muy desganados, pues así vinieron de fábrica.

Si desea continuar
leyendo, puede
adquirir el libro
en formato físico
a través de nuestra
tienda virtual